

BIBLIOTHECA

DEL

MEDIO-DIA.

TOMO LXIV.

LA ESTRELLA DEL SUD.

LA ESTRELLA DEL SUD.

MEMORIAS DE UN BUEN HOMBRE.

Novela clásico-romántica,

original

DE

D. Alejandro Magariños Cervantes.

TOMO VI.

MALAGA:

—DISEÑADO—

Junio 16 de 1849.

**Establecimiento tipográfico-literario de don José
del Rosal, calle de Granada, número 74.**

D 196 915

LA ESTRELLA DEL SUR

MEMORIAS DE UN BUEN HOMBRE

Historia clásica romántica

Original

Es propiedad del editor. ©

TOMO VI

1844

1844

En la imprenta de la Estrella del Sur, en la calle de San Juan, número 17.

Continuación del capítulo anterior

Habiera deseado estar sola, para poder llorar sin testigos y abandonarse a su pena, y acaso se mitigara esta reghndola con sus lágrimas. El dolor cuanto mas reconcentrado es mas intenso: es como el agua encerrada en las peñas, que al fin las hiende y se abre paso por enmedio de ellas; es como el vapor, que cuanto mas se comprime mas fuerza adquiere. Por eso dispuso sabiamente la providencia que el llanto fuese como el riego del alma, que se escapa por

los ojos contra nuestra voluntad cuando un gran sentimiento ó alegría nos domina; y por eso sufrimos y nos cuesta tanto oponernos á esa ley de la naturaleza: solo las preocupaciones y el orgullo pueden hacernos superiores á ella.

El tiempo volaba y era preciso tomar una resolución definitiva: preguntábase Emirene si convendría mas insinuar en confianza á la condesa, con algun pretexto plausible que no se empeñase en verla en el espacio de una hora, ó si seria mejor anunciar á la reunion que se sentia indispuesta, para no volver á la sala en toda la noche, retirarse á la alcoba, fingir que se acostaba, y luego... ir al paraje que el lector sabe.

Paréciola el segundo temperamento mas ventajoso y estaba esperando á que S. E. el señor marques, se dignase acercarse por allí, para en su presencia despedirse de los circustantes, y no dejarle la menor duda sobre sus intenciones posteriores, cuando el reloj dió las once

y vió aparecer al mismo tiempo, como evocados por la vara de un májico, á Yuca y á Tedarra; el primero por la puerta de la sala y el segundo por la del aposento.

La vista del negro causó á su ama un ligero estremecimiento de terror, sensación involuntaria que podia ser originada por una de esas mil vagas impresiones, que nos dejan entrever á veces confusamente una parte de la verdad. Acaso presentia que el fiel esclavo venia de allanar los obstáculos que se le oponian y dejaba preparado el lazo en que debia quedar ella prisionera.

Acercóse Yuca á su ama y le preguntó si le servia el mate, teniendo cuidado al pronunciar estas palabras, de meter el pulgar de la mano izquierda en el ojal de la solapa de su chaqueta; señal convenida entre ambos para indicar que todo estaba pronto y ganada doña Lupercio.

—Ah! mi querido Yuca, exclamó el

hidalgo dándole las gracias con una mirada enyo, alcanzo solo el negro comprendió; buena memoria tienes, á las diez y media debía haberme traído el mste.

—Señor, me entretuve con los compañeros... contestó él, aludiendo á la duda á la diligencia que venia de practicar.

En efecto, la señora doña Luperia le habia entretenido mas de lo que pensó, resistiéndose á prestarse á lo que de ella se esijia temerosa de la venganza del de Arsare, y solo cedió ante un poderoso argumento del esclavo, que le puso en la alternativa de recibir el jindro que la ofrecia y avenirse á la razon, ó prepararse para ir á la cárcel en derechura esa misma noche. Ardido que se le ocurrió de repente y sortió los mejores efectos, pues atemorizada la zarcidora de voluntades, desistió de su tenacidad y se comprometió á seguir al pie de la letra sus instrucciones.

Yuca, para acabar de tranquilizarla, le aseguró que Tedarra se iba de Lima por algunos años, y que entre un peligro incierto y otro inmediato la eleccion no podia ser dudosa.

—Que mi amo, añadió, os zampará en la cárcel sino haceis lo que os digo, es infalible; que el marqués se vengará de vuestra traicion, es problemático, puesto que la ignorará, y aun cuando la llegue á saber, en mucho tiempo no se hallará en disposicion de poderos hacer daño alguno.

Esta sencilla alocucion y media docena de medallas que la puso en la mano convencieron á la Garduña, que tal vez se resistió tanto para sacar doble utilidad de este negocio. Conducta muy puesta en razon, por cuanto cada uno vive de su arte ó industria, oficio ú ocupacion, y del cuero han de salir las correas como dice el refran.

El marques se habia acercado entre-
ESTRELLA

tanto, colocándose frente á frente de Emirene.

Creyó esta llegado el momento decisivo y echó una rápida ojeada á su marido.

Tranquilo y apacible el rostro de don Juan, hacia un vivo contraste con el áspero y desabrido aspecto que ofrecia el de Tedarra.

La virtuosa joven vaciló todavía....

Quiso ponerse de pie para anunciar que se retiraba, porque se sentia levemente indispueta, y una fuerza sobrenatural la detuvo como enclavada en su asiento.

El marqués hizo como que buscaba algo, y sacó medio envuelto en el pañuelo el paquete de las cartas.

Emirene empalideció y le arrojó una mirada suplicante... luego fijó sus ojos en el reloj y volvió á mirar á su amante, que guardó las cartas haciéndole una seña que parecia una amenaza.

Qué pálida estás, Emirene! dijo la condesa notando el quebranto de su amiga.

—Si, hoy me levanté muy temprano... contestó ella con finjida calma, y me siento un poco indispueta...

—Qué tienes? preguntóla su esposo con interés.

—Nada, me duele un poco la cabeza.

—Pues acuéstate, así como así, el juego apenas te distrae.

—De aquí á un rato.

—Vamos, se dijo el marqués, la cosa marcha: ahora entro yo; ya es tiempo de remachar el clavo.

—Mi amigo, repuso en alta voz tocando á don Juan en el hombro, necesito hablaros antes de irme, y si no te parece inconveniente....

—Cuando gustéis, repuso Seretar incorporándose, pero creo que es aun muy temprano.

—Las once acaban de dar, murmuró uno de los convidados.

—Ya lo veis.

—Es que no puedo detenerme aquí mas que media hora.

—Bien: tomaremos un mate en mi gabinete, el postrero mi querido Eduardo.

—Tal vez no; vuestra esposa se ha empeñado en que me quede...

—No tal, contestó Emireno, id con Dios y basta de charra, añadió sonriendo, no crean [nuestros amigos] que tengo yo algun interés en que aplazéis vuestro viaje.

El marqués se inclinó respetuosamente, y añadió:

—Gracias!

Despidiéndose de los circunstantes y tomando sin cumplimento el brazo de don Juan, encaminóse con él al gabinete.

No habian llegado á la mitad del corredor cuando Emireno, siguiendo sus pisadas, los alcanzó, y diciendo á su esposa: permite que le hable una palabra, es una broma de Pilar; llevó al

de Aratro á una regular distancia y le dijo al oído:

—Ahora mismo voy á la Alameda, dadme las cartas.

—En casa de doña Lupercia... respondió él en alta voz.

Soltó la infeliz una carcajada tan espontánea y sincera, como las que suele arrojar á la vista del patíbulo para disfrazar su miedo, un condenado á muerte, y huyó.

Aquella accion nada tenía de extraño atendido su carácter: pero si la singular demanda en la presencia de don Juan: solo el pavor invencible que la habia inspirado Tendarra pudo cegarla hasta ese extremo. Es verdad que si él hubiese accedido á su ruego le habrían sobrado á ella pretextos para cohonestar la entrega del fatal paquete; pero acaso, aun suponiendo á su esposo ignorante de todo, un hecho de esa naturaleza hubiera despertado sus sospechas, y tal vez no encontraria muy fundadas

da la fábula que urdió para encubrir la verdad. Por fortuna la ruin desconfianza del cien veces burlado amante la libró por lo pronto de este conflicto: las cartas no salieron de su bolsillo, y el hidalgo aparentó creer que aquella carcajada era efecto de alguna chanza femenina, como le manifestara su esposa, y se contentó con decir á su amigo, cuando ella se hubo marchado:

—Le han descubierto á vd. alguna nueva intriguilla?

—Nada, cosas de mujeres que no pueden vivir sin enredar, llevar y traer cuentos, mentir, y averiguar la vida propia y la ajena...

—Bah! no os hagáis el inocente, contádmelo.

—Os repito que es una necesidad.

—Crei que sería cosa graciosa cuando Emirene se ha reído de ese modo.

—Otra maña perversa de esa raza infernal y escomulgada! Las que tienen hermosa dentadura siempre están cen-

la risa en los labios para lucir los dientes... son como el cocodrilo.

—Vaya una comparacion galante!

—Si, mi amigo, cuéntase que ese ferroz animal cuanto mas hambriento y desesperado está, imita mas bien los gemidos de una criatura, y que atraidos los viajeros por sus dolorosos ayes, caen en la red que les tiende... pues así son las mujeres....

—No sigáis el paralelo, exclamó don Juan interrumpiéndole, porque tocandoos este tema suis implacable...

El símil sin embargo, era exactísimo en la ocasion presente. La risa de Emirene era el llanto del cocodrilo: si en aquel momento hubiera podido convertirse en polvo al locuez declamador con una mirada, sus ojos habrían despedido rayos mas certeros que los que se desprenden del seno de las nubes, y dividiéndose en átomos impalpables mas pequeños ó imperceptibles que los torbellinos ó moléculas de Descartes, con

la rapidéz inconcebible del fluido eléctrico al resbalar por un hilo de metal.....

He aquí los inconvenientes de soltar prendas, lectoras, ved hasta donde conducen... hasta el crimen! Emírense tin buena, tan sensible y dolada de tan nobles sentimientos, arrastrada por la cólera y el despecho de no poder arrancar de las manos de su enemigo las pruebas de su coquetería ni con ruegos, ni con promesas, ni con alagos ni con sacrificios, llega á desear, ¡Dios nos ampare! encontrarse en disposición de borrar para siempre jamás de la lista de los vivos á un semejante suyo y enviarlo á cenar con Lucifer! Reniega como mujer de su sublime apostolado; deja feo á Byron que dice terminantemente:

Female hearts are such a genial soil
For kinder feelings, whatsoe'er their nation;
They naturally pour the wine and oil,
Samaritans in every situation.

Me deja feo á mi, á mi que he dicho también en una preciosa composición muy superior, muy superior á las mejores del egrégio vate británico;

Es la mujer en la tierra
Blanca serafín sin alas,
Celeste vaso que encierra
El ámbar puro de Dios;
Ángel de paz y consuelo
Que para dicha del hombre,
En forma humana, del cielo
Viene á calmar su dolor.

Y jamás ha renegado
La mujer su alto destino,
Ni de su frente ompañado
La aureola divinal.
En todo tiempo y doquiera
Ha sido un sol, que secundo
Ha vertido en su carrera
Ventura, esperanza y paz!

Con que así, hijas mías, para no espóneros á semejantes percances, nada de prendas! Las prendas en último análisis presuponen otras concesiones; y en todos las cosas lo difícil es empezar. El comer y el rascar.... Los tiempos están muy malos:

Por que hay tanto contrabando.

Que en este particular

Todo el mundo es Gibraltar,

Y cada novio un corsario,

Que atrevido y temerario

Sin que le arredren las multas,

Y sin temer las resultas

De su criminal comercio,

Haciendo estan tan mal tercio

Que la comerciante honrada

Apenas despacha nada (1)

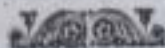
Y pasan dias y vienen dias, y los dias se cambian en semanas, y las semanas en meses, y los meses en años; y al fin y al cabo, para preudas, sóbradas tenéis con los desengaños, burlas, mentiras y calabazas que os prodigamos; unas veces en impersonal, sin que se pueda averiguar de que parte está la justicia, otras con motivo ó sin el, conjugando cada quisque el verbo ora en activa, ora en pasiva. (2)

[1] Bernal y Robloxí.-Correspondencia epistólica anatórica-rústico-labriegu.

[2] Como crea [y no estisónja] que muchas de mis lectoras no sabrán la gramática, para que entiendan esa frase les pondré un ejemplo en las tres formas indicadas.

Meditad bien lo que os he dicho, y me dareis las mas espresivas gracias cuando nos veamos. Mañana iré á haceros una visita.... mis afectuosos recuerdos á la mamá.... Ah! se me olvidaba, aprended de memoria este estribillo del Reverendo Señor de la torre de Sn. Juan Abad, con el cual me arrullaba mi bisabuela en la cuna, á principios de la décima octava centuria:

«Solamente un dar me agrada
Que es el dar en no dar nada (1)



Impersonal: Se dan calabazas, se engaña, se burla etc.

Activa: Yo engaño, calabateo, burlo. etc.

Pasiva: Soy engañado, burlado, calabateado etc.

(1) Cartas del caballero de la Tenaza.

CAPITULO I.

El mate. (1)

El mate, término de la calma y condici3n con que el castellano amir- Las cartas y papeles à que don Juan se referia, eran el pretexto de que pens3 valerse para atraer à su titulado amigo à última hora al gabinete: al efecto habia arreglado una pequeña caja de carton y una voluminosa carta, de cuyo contenido informaré mas adelante à mis lectores.

[1] El lector que no la tenga presente, hará bien de volver à leer la definici3n de esta palabra en el tomo 1.º página 49.

Anticipóse Tendarra á su desco, diciéndole que necesitaba hablarle antes de irse, como si su fatal estrella hubiese dispuesto que él mismo se entregase á su adversario atado de pies y manos.

Abí estan los dos en el sofá, creyendo engañarse reciprocamente, y cada uno burlándose en su interior del otro, mientras llega el apetecido mate que habia ido Yuca á preparar.

El marqués, riéndose de la calma y confianza con que el castellano enviara á su esposa á que descansara, facilitándola el medio de ir mas pronto á la cita; y don Juan regocijándose de la paternal leccióncita que lea reservaba á ambos, y saboreando de antemano el dulce placer de la venganza.

—El asunto de que tenia que hablaros, dijo el primero tratando de zafarse cuanto antes y acortar aquella enfadosa conferencia para acudir á otra mas amena é interesante para él; se

reduce á proponeros si quereis comprarme mi famosa hacienda de Sta. Clara, sita en la márjen izquierda del Guatapanare en la provincia de Cumaná.

—Hombre, y os deshaceis de esa soberbia posesion?

—Necesito dinero.

—Si seguis así, Eduardo, permitidme os diga que os arruinareis muy pronto.

—Y qué se ha de hacer? la vida se ha hecho para gozar.

—Si eso es cierto, si para gozar es necesario derrochar de esa manera, el día que se os acabe el último peso no habrá gozes para vos en el mundo?

—Y eso quién lo duda?

—Y qué hareis entonces?

—Darme un tiro y *laus deo!*

—Eh! no seais loco, el suicidio es el arma de los cobardes. Un jóven de vuestra clase y distinguidas prendas, debia emplear su actividad en algo que la ocupase dignamente. Creo, Eduar-

do, que el no tener nada que os distraiga, es la causa primera de los grandes gastos y desaciertos que os atribuye la opinion pública.

—Señor don Juan, ese lenguaje.... exclamó el de Araure moviendo la cabeza entre ofendido y risueño.

—Es el de un amigo sincero que os estima y respeta en vos la memoria de vuestro padre: un amigo que os ha tenido en sus brazos cuando pequeño, y que os ha tratado siempre con la mayor confianza y aprecio, cerrando los oídos á los desagradables rumores que circulan acerca de vuestra conducta....

Iba el marqués á contestar alguna imprudencia, pues maldita la gracia que le hacia la exhortacion moral de su amigo, cuando muy oportunamente se presentó Yuca con un mate en cada mano, y le ofreció el que llevaba en la derecha.

—Ea, Señor predicador, exclamó él, tomándolo y brindádoselo al bidalgo,

dejemos el sermón para otro día, y viva el Paraguay y sus celeberrimos Yerbales, y los jesuitas que los plantaron y propagaron, para consuelo y refrigerio de nuestros hipocóndrios...

—Oh! no puedo consentir, gracias! está en buena mano... contestó Don Juan rebusando su galante oferta y apoderándose del otro mate que le presentaba Yuca.

Al aspirar el primer sorbo pareciólo á Tendarra que el suyo estaba un tanto amargo, y preguntó al negro si le habia echado azucar.

—Sí señor.

—Pues no está dulce.

—Tal vez la amargura consiste en la brasa que le eché antes de cebarle para quemar la azucar (1) se pondrá yerba nueva si V. E. gusta....

—No; los demás sirvemelos mas dul-

(1) Acostumbrase echar en el mate una cucharadita de azucar, otra de yerba y una brasa, tapando la boca para que no se escape el espeso y aromático vaho que se forma al punto; entonces se arroja el resto y el agua hirviendo con la

ces; á mi no me agradan medio cimarrón como á tu amo:

La amargura no le impidió que se le tragase todo hasta la última gota: proceder idéntico á los que se quejan á cada minuto de los sacrificios que les cuesta tal ó tal cosa, y siguen siempre con la misma mania, siempre con la misma perseverancia y tenacidad; como por ejemplo los empresarios de teatros, los propietarios ó directores de periódicos, los arrendatarios y también las arrendatarias, los actores que se lamentan de la ingratitud del público, los que por su desgracia ó su fortuna se encuentran representando á la nación.... oídlas á todos, es cosa de tirar piedras. Están llenos de compromisos, no pueden vivir, se han arruinado. Dios solamente sabe los quebrantos sin sabores y malos ratos que han sufrido.

cual se apaga el fuego. Suele acontecer que la calidad del carbon, ó el haberse quemado la yerba mas de lo que conviene, produce el amargor de que se quejaba el marques.

por todo el oro del mundo no seguirian en el mismo negocio... Desventurados!... da ganas de echar mano al bostillo y poner generosamente á su disposicion dos cuartos, para que se libren de abogós....

Malditos! si eso os pasa, para que continuéis batiendo en hierro frio! porque no echais á rodar el teatro, la imprenta, las tierras, los parroquianos, los lectores y la diputacion que causa vuestra ruina, y acometeis otra empresa ú ocupacion mas lucrativa y menos azarosa? Por que al año siguiente, y al otro, y al otro, describis el mismo círculo vicioso como mulas de atabona, sin salir nunca del atolladero?....

—No me lo preguntéis ami que soy ignorante, dice cada uno alzándose de hombros, doctores tiene la santa madre iglesia que sebrán responder.

El señor de Arauro pues, sorbióse el mate ralerido y otra media docena, continuando la conversacion bien á su pesar:

don Juan, como si hubiera hecho firme propósito de dilatarla, divagaba de una manera espantosa y no habia forma de traerle á la cuestion. En la menor palabra encontraba pié para hacer una pregunta y tras esta otra. Empezó por informarse muy minuciosamente de la extension territorial de la hacienda cuya venta se le proponia; despues pasó al estado de la casa, á sus dependencias, á la calidad del material y al número de brazos que exijia para su laboreo; en seguida pidió informes sobre las plantaciones, bosques, y utensilios de labranza: luego estendióse sobre el precio y trató de probarle que era exorbitante: aclarados estos puntos, puso se á calcular con mucha flema las utilidades que podria reportarle su adquisicion; y probablemente hubiera continuado asi un buen rato, á no haber sacado el marques el reloj, ó insinuándole que tuviese la bondad de hablarle de su encargo para Venezuela, porque se pasaba la hora y no podia detenerse.

—Si quereis mas detalles, añadió, sobre la finca, queda mi mayordomo en Lima plenamente autorizado para celebrar este y otros negocios que le dejen encomendados.

—Pero considerad....

—Nada: podeis entenderos con él lo mismo que conmigo.

—Lo siento, respondió el hidalgo, afectando disgusto; hubiera deseado que nos conviniéramos, porque la posesion me agrada y vale la pena de hacer cualquier sacrificio.

—Pues bien, quedaos con ella, y no se hable mas de eso.

—En la suma que os dije?

—No: con esclavos y todo, no puedo cedérosela menos de trescientos cincuenta mil pesos.

—Es una atrocidad: quereis trescientos mil?

—A la vista!

—No, pagaderos en los tres plazos que os indiqué.

—Mi amigo, perdemos el tiempo, yo no tengo mas que una palabra. Lo dicho, dicho.

—Como gusteis.

Don Juan seguía tomando mate, el marqués al séptimo había manifestado que no quería mas; presentóse Yuca con el vijésimo, y al ponerlo en manos de su amo, lo inclinó lo suficiente para que le cayesen algunas gotas en los dedos.

—Que me quemas, hombre! ve lo que haces... exclamó el hidalgo como reprendiéndole, pero con un acento que parecia decirle: gracias, alerta!

Emirene acababa de salir por la puerta falsa del jardín, y el agua vertida y la exclamacion de su marido, eran el santo y seña acordado entre él y su fiel negro para cuando llegase este caso.

—Con que así, mi querido Serelar, continuó Tedarra levantándose del sofá y dirigiéndose a la silla en que es-

taba su sombrero, tened la bondad de darme esas cartas y esos papeles...

—Antes necesito deciros cuatro palabras: Yuca, déjanos solos. Amigo mío, hacedme el obsequio de volveros a sentar: no será muy largo.

Al oír semejante indicacion que tenia todas las trazas de una burla, ó cuando menos de una impertinencia muy tonta, el marqués con su jenio irascible y despreocupado, impulsos tuvo de envirlo á paseo, tirarlo una silla á la cabeza si chistaba, y marcharse. Pero fuese efecto de la cólera ó de otro cualquier motivo, en aquel mismo instante sintió una especie de vértigo repentino, un sacudimiento nervioso acompañado de fuertes latidos en las sienes y un decaimiento jeneral en todo el cuerpo.

La conmocion fué instantánea, duró un minuto, mas en ese minuto retrocedió, buscando un punto de apoyo, y al volver en si se encontró sentado en el sofá.

Como solia padecer de estos ataques ocasionados por sus excesos de todo género, y en aquella noche habia pasado por tantas y tan violentas impresiones, no se inquietó sobre sus consecuencias, y se figuró que no le repetiría.

Don Juan se levantó en silencio y corrió el cerrojo á la puerta.

—Es tan grave lo que me vais á confiar, preguntó Teddarra, ya incomodado y un si es no es receloso de que se le jugaba alguna mala partida, á qué viene tanto misterio? os he dicho que no puedo detenerme.

—Eduardo, contestó el castellano con voz solemne, se trata del honor y de la felicidad de mi mejor amigo.....

—Y qué me importa á mí? qué tengo yo que ver con eso?... exclamó el afligido galán poniendo la misma cara del que prueba una cosa que le sabe á.... algo que no conviene nombrar.

—Que os importa? qué teneis que ver?... repitió el hidalgo con marcada

ironía. ay! es un grano de anís! Vuestra leal y franca cooperación puede remediarlo todo.

—Nunca me ha gustado hacer el papel de tercero en discordia, ni desempeñar el oficio de medianero ó sea acomodador, y mucho menos meterme á Redentor de culpas ajenas. Jesucristo vino á redimir á los hombres y lo crucificaron...

—No es asunto de bromas, amigo mío, os ruego que me escuchéis, y si despues de oirme no queréis prestarme el servicio que os pido, renunció desde ahora á vuestra amistad.

El tono enérgico con que se expresara don Juan, la espresion de su fisonomía y la curiosidad que despertó en el ánimo del desventurado enamorado, contuvieron por segunda vez la explosion de su ira.

Una fuerza moral superior á su audacia le encadenaba allí. Hallóse en una de esas mil situaciones producidas por el cansancio, la atonia, la debilidad ó en-

torpecimiento de los sentidos; situación en que el hombre mas intrépido se siente débil, se aturde, vacila y cede al temor que le domina: don Juan en aquel instante ejercia en su espíritu, la misma fascinación que él en el alma de su esposa.

Después de una corta pausa en que los dos se miraron de hito en hito, como interrogándose sobre sus intenciones futuras, el marqués contestó á la brusca interpelación de su amigo con un lacónico:

—Hablad... malitos nervios!

Y apoyó el codo en el extremo del sofá, y la frente en la palma de la mano.

Indefinible rayo de alegría internal iluminó el rostro de don Juan; sus pequeñas y vivaces pupilas brillaron con resplandor sulfúreo; vaga y sardónica sonrisa resbaló por sus delgados labios; hasta su voz vibró con un acento de amargo satisfacción parecido al grito

postrero del que cae herido de muerte teniendo el placer de ver antes espirar á su contrario.

—Sabed, Eduardo, que en Venezuela hay un jóven cuya única ocupación es seducir á la hija, á la esposa, á la madre de familia.

—Os ruego... que seas breve... me siento algo indispueto.

—El tal pisaverde ha logrado envolver en sus redes á la jóven de mi mejor amigo, que ignora su infortunio.

—Como tú, necio, pensó Tedarra, que en vez de ocuparte de los negocios ajenos, harías mejor en cuidar los tuyos.

—Es preciso que pongais en manos del seductor, el mismo dia que llegueis si es posible, y sin que nadie lo sepa, esta carta y esta cajita que contiene algunos documentos de suma importancia para él: tomadlas.

El marqués se echó la carta en el bol-

sillo sin leer el sobre y puso la cajita de cartón a un lado; miró al narrador, y dijo con voz desfalleciente:

—Habeis concluido?

—O: recomiendo el mayor sigilo, sobre todo con el ultrajado esposo... hay secretos que mas valiera dormir el eterno sueño de la tumba que desculgarlos. Para que despertar de su engaño al que es feliz con él? Pero que es eso?... os dormís, Eduardo!

E marqués, en efecto, cerraba los ojos y hacia una profunda reverencia de cuando en cuando. No sé aun, lectores, porque no he recibido todavía el porte telegráfico, que se habrá retrasado con las nieblas, no sé si su sueñera ó modorra, era un ardid para evadirse de las importunas confidencias del hidalgo, ó consecuencia del ataque de nervios de que hablé no hay mucho.

El principio de la sabiduría es saber dudar, dice Volney, todo podia ser. Solo si como lectores míos, verme en el

triste caso de tener que confesaros mi ignorancia, y dejáros con la curiosidad hasta que el telégrafo me saque de dudas....

Malditas nieblas! doquiera que los ojos se vuelven allí os encuentran; y no alcanzan ellos á calar vuestro obscuro velo! densa niebla circunda

Al uno invisible del mundo hacedor: (1)

densa niebla defiende de nuestras ávidas miradas los secretos mas importantes de la ciencia; la libertad vaga errante por la tierra.

Velada en negra nube y huyendo de los hombres.
A reyes y tribunos batiendo con sus pies;

sumbría obscuridad, misterio impenetrable encubre el pasado, el presente y el porvenir del universo y del hombre... que extraño es entonces que en esta oca-

(1) Rivera Indarte. Poema de don Cristoval.

cion nos quedemos absortos y confundidos como unos bobos?

Ay! hermanos epigorriones, para una verdad que sabemos ignoramos un millon. Si le preguntais al hombre mas sabio cual es el idioma primitivo, quien escribió el primer libro, como se esplican los fenómenos del somnambulismo, como realiza sus operaciones el pensamiento, por que á veces por mas esfuerzos que hacemos, no podemos acordarnos de una cosa etc. me dejo aborrecer si todo lo que os contesta vale un comino. No digo nada si os asalta el deseo de saber cosas mas dignas de fijar vuestra atencion, y pedis informes sobre si es posible ó imposible la eternidad del mundo; si se puede concebir un Dios en la inaccion por toda una eternidad, antes de haber formado y despues de destruido el universo; que es peor el despotismo ó la anarquia? como se explica la union del espiritu con la materia? porque nacemos tan propensos al mal, y el

vicio nos parece tan seductor y la virtud tan molesta y difícil etc. No digo nada si profundizando mas la cuestion, preguntais al mas encopetado enciclopédico ó filósofo de donde nacen esas simpatias y antipatias involuntarias que se apoderan de nosotros á la vista de personas que ningun bien ni mal nos han hecho? Porque hay caras que de solo verlas da gana de... enviarlas á Filipinas ó á la Patagonia con una regular carga de leña? Porque otras nos predisponen á su favor desde la vez primera que las vemos, siendo tal vez sus dueños unos solemnes picaros, ó demonios con rostro de ángeles? Porque apenas rompemos con los embajadores de la limpieza, el jabon y el agua, invaden las fronteras de nuestra misera humanidad, sin prévia declaracion de guerra, hollando el derecho de gentes, innumerables batallones de infanteria y caballeria ligera, que nos dan caza como los perros de los primeros con-

quistadores á los desgraciados indios. Y en fin, para acabar de una vez, de donde nace ese acto primo, indeliberado y ciego que nos hace caminar tras las personas que no gastan patillas ni calzones, y seguirlos como gorquecillos ó perritos de falda? Cuáles son los elementos constitutivos del fluido magnético, ó llámese anzuelo ó gancho con el cual nos atraen y pescan?... Y volviendo la oracion por pasiva, cuál es la verdadera y única causa de que ellas den la preferencia mas bien á unos que á otros? Qué es lo que mas las cautiva en nosotros, la conversacion, el trato, los modales, la presencia, el talento, las prendas morales, la hermosura, el chiste, la gentileza, el garbo, ó el conocido adminículo,

Que de puro enamorado

De continuo anda amarillo? (1)

(1) Madre, yo al oírme humillo ect.

vuelvo á repetirlos, mis muy amados lectores, que si encontráis un salío que os dé una respuesta satisfactoria al mas fácil de estos problemas, me deo ahorcar, me deo cortar... las dos orejas y la punta de la nariz. Con que así, tened ahora cachaza, y esperad sin impacientaros á que nos llegue el consabido parte. Yo no tengo la culpa que haya nieblas y tinieblas!

Si alguno cree que le engañó y no quiere esperar, que se vaya á la administracion de correos, y que se ponga de atalaya despues de haberse informado del señor director, que estoy cierto no se negará á satisfacer su desco.

Ardid ó realidad, el marqués parecia sumergido en un sueño profundo. Su cabeza echada á un lado, descansando en el respaldo del sofá, sus brazos colgantes, su boca entreabierta, y hasta la respiracion igual, aunque un poco suerto de sus pulmones, así lo in-

ESTRELLA.

TOMO VI.=3

dicaba. Don Juan se acercó á él y le contempló algunos instantes con ternura y reconcentrada alegría.

Un pintor hubiera podido hacer un cuadro bellísimo trasladando al lienzo aquella escena.

Singular contraste! la resuelta y varonil fisonomía de Tendarra, aparece como amedrantada é implorando misericordia, y la del hidalgo como la de un juez atrevido que le pidiese cuenta de sus crímenes y se preparase á imponerles el condigno castigo.

Aquel hombre tan bondadoso y sensible á quien daban por antonomasia el dictado de bueno, no era ya el mismo. Leíase en su rostro, revelándose ahora en toda su fuerza y espontaneidad, la pasión que le subyugaba y la lucha que sostenía consigo mismo durante un año entero, devorando sus celos en secreto. Así el *Tucutumeno* (1) á poco de nacer desapa-

rece completamente sin dejar por espacio de muchas leguas rastro ni vestigio de su marcha: pero de repente en el paraje llamado el *Chorro*, reaparece y brota por todas partes, siguiendo arrogante su curso, acrecentado su raudal con el acóplulo subterráneo de sus aguas: así el corpulento *Guayacan* ó palo santo crece mas erguido y lozano, y levanta su gallarda copa, y estiendo sus robustas ramas, coronadas de tantos ramilletes de flores cuantos son los retoños con que reverdece, mientras le roen las entrañas unas destructoras y ponzoñosas hormigas que taladran su tronco y le convierten en su morada, como crecía y se conservaba mas lozano y vehemente el amor de don Juan, mientras los celos aposentados en su corazón le roían y despedazaban el alma.

Estas dos metáforas ó comparacio-

locera del cantón de su nombre en la rep. de Venezuela, provincia de Caracas.

(1) Río situado cerca de la villa de Coro.

nes, que sea dicho de paso, son enteramente nuevas, orijinales, y muy bellas y oportunas, y no añado bien traídas por no saltar á la modestia, me aborran estenderme en mas pormenores sobre la actitud académica del castellano, contemplando el sueño verdadero ó fingido del marqués.

Una palmada sorda que resonó en el corredor, le anunció que Flores acababa de llegar.

Abrió la puerta y se encontró con Yuca, que le dijo estas breves palabras:

—Pronto! don Enrique ha encontrado á la señora cerca de la plaza, y cree que ella le ha conocido.

Don Juan sin desplegar los labios apuntó con la mano hácia el sofá.

El negro movió la cabeza en señal de afirmación.

El que estaba afuera entró, y el que estaba dentro salió, ambos con la misma rapidez con que, al verificarse un cambio ministerial, salen y entran.

y salen unos y otros; todos, plus minuses, cortados por la misma tijera (1) y todos creyéndose siempre los mejores y mas capaces, menospreciando y anatematizando á sus opositores, sin acordarse que,

En estos tiempos de errores,
De pasiones y delirios,
En que es virtud para unos
Lo que para otros delito,
Quien osa decir, yo soy
Solo el bueno, tú el malo? (2)



[1]. Esto no se refiere á España ni á América, sino al imperio del Mogol ó Mogollon, segun la nueva ortografía inventada por los catalanes.

[2]. Gú y Zarate. La familia de Falkland.

CAPITULO II.

En la Alameda.

Oh! noche! sol y no sombra
 Para el amante feliz,
 Del amor y del misterio
 Tierna Sílabe gentil,
 De la inspiración y el canto
 Dulcísima emperatriz;
 Cuan bello es ver en América
 Tu luz nítida lucir,
 Entre apagados celajes
 De nacar y carmesí,
 Cuando la luna se mece
 En su arjentado Zenit,
 Velada su blanca frente
 Con nubes de azul-turquí;

En tanto que las estrellas
 Brillando de mil en mil,
 Le tienden al ser divino
 Su abrigado tapiz.
 Entonce el condor sacando
 Sus alas de obscuras gris,
 Y en rauda vuelo atraviesa
 El ancho espacio sutil.
 Y solo los azules ojos
 Venen a intervalos lucir,
 Como lejanos planetas,
 Perdidos en el confín.
 Murmura la mansa fuente,
 Se queja la codorniz,
 Y ya marchito se dobla
 Como llorando el jazmín.
 Deslízase entre la yerba
 Negro, escamado reptil,
 Donde la luna refleja
 Tímido rayo de zafir;
 Escucha aromas el prado
 De suavísimo albelli,
 Y tan puras como el beso
 Que da a un labio otro infantil.
 Allí en el fondo del valle
 Con atronante mojar,
 Algun río gigantesco
 Estiende sus brazos mil,
 Llevándose en su carrera

Cuanto encuentra aquí y allí:
 De errantes potros se escuchan
 Los callos el suelo herir,
 Y apareciendo de pronto
 En la alta cuchilla, sin
 detenerse, como flechas
 O rápidos colibris,
 Veloces al llano bajan
 Tendida al viento la crin!

Señor, esto no se puede ya tolerar!
 Que tienen que ver con el asunto que
 nos ocupa, los celajes, la luna, las es-
 trellas, el Condor, la fuente, la codor-
 niz, el jazmín, la víbora, el prado, el
 albelli, el valle, los potros ni los coli-
 bries?... No es esto abusar en grado su-
 perlativo de la paciencia del prójimo?
 No es una gana de jorobar y desespe-
 rar al que no gusta de preludios ni
 declamaciones inútiles? ¿Es esto novela,
 repertorio de caprichos, miscelánea de
 ideas sueltas, mosaico de impertinen-
 cias, ensalada de necedades, enciclope-
 dia de burlas, ó almacén de estravan-
 cias?....

Seguro, segurísimo estoy que tal será el lenguaje prosaico y chavacano tan que se expresarán algunos de mis lectores, poco aficionados á las rimas é incapaces de reflexionar un momento antes de soltar la rienda á su mal humor. Por caridad voy á demostrarles que están en un gravísimo error, y que nunca se han quejado con mas sin razón.

Decidme, bobalicones, si al fin habéis de leer una descripción de la noche, por que es indispensable, por que es de ordenanza, por que así lo escribe el arte culinario, ó sea la confección de todo escrito romántico, que os importa que esté en prosa ó en verso? En el fondo dejará de ser la misma cosa? No os sucederá con esto lo mismo que con las contribuciones, los gobiernos, y esta interminable *logomaquia* (1) adoptada en la sociedad para expresar con distintas frases las mismas ideas? Disfrázense

(1) Juego de palabras.

las primeras con el nombre de empréstito, anticipo forzoso, ú otro dictado cualquiera, dejarán de ser un impuesto mas ó menos oneroso? Manden reyes ó tribunales, no ejercerán la autoridad en toda su plenitud? No estarán habilitados para hacer lo que puede el que dispone de todas las bayonetas, empleos y recursos de una nación? y tocante á la *logomaquia*, el que pide prestado ¿no pide una limosna la mayor parte de las veces? El que dice urbanamente á otro que está equivocado, no quiere darle á entender que miente? El que ofrece la casa que habita, sin ser suya, no la quisiera para sí? El que nos brinda una cosa de valor por política, no nos echaría un millón de maldiciones si le cogiese mos la palabra? El que convida á otro á hacer penitencia, es decir, á mal comer, y su comida es detestable, no dice la verdad sin advertirlo; lo mismo que el que nos viene á importunar con alguna ecijencia desmedida ó necia, y

suplica que se le perdone la incomodidad?

Pues si esto pasa en el mundo, si esto pasa en la sociedad, si esto os pasa á vosotros diariamente ¿á que venís echándome fieros, cuando os copio solo la primera parte de una de las ciento veinte preciosas composiciones que forman los dos primeros tomos de las *BRISAS DEL PLATA*, la mas acabada, original y sublime de mis obras poéticas! (1) Que diriais si os espectase una tras otras, envueltas, cual compiegan de la edad media en su armadura, envueltas en un diluvio de octavas, quintillas, romances, letrillas, esdrújulos, tercetos, cuartetos, sestetos y todos los acabados en esto, las mil imágenes y pensamientos que me ha inspirado la noche, y que estan desparramados

(1) Se pone aqui esta modesta advertencia y lo que sigue, para recomendarla y atraer sus suscritores, caso que me parezca conveniente publicarla.

en la obra citada, como estrellas en el manto de la reina de las sombras, ó brillantes en las auríferas arenas del opulento Brasil? Que diriais si tratando de seguirla (á la noche se entiende) os llevase arrastrando por los cabellos á contemplar una tempestad en la Pampa, el soberbio salto del Paraná ó las magnificas selvas del Chaco; la caída de la tarde y el crepúsculo del alba en el desierto... y no os digo mas por que temo que os dé un soponcio; me contentaré, pues, en os plazaros dentro de poco otra descripción de la noche en prosa, para que se os quite esa costumbre perruna de murmurar y os contentéis con lo que os den, bueno ó malo; la tolerancia y la indulgencia con los defectos ajenos, son por lo jeneral hijas de la ilustracion y de un corazon noble y elevado; la intolerancia y la severidad estremada revelan comunmente lo contrario,

Cuando Emirene escuchó la terminante negativa del marqués, furiosa como una loba acorralada por los mastines, disfrazando su rabia tras una coajada, volvió á entrar en la sala, se despidió de los convidados, dió un beso á su amiga Pilar, y se retiró á su alcoba.

Allí, apoyada algunos minutos sobre la cama, dejó correr libremente sus lágrimas, y conociendo que si reflexionaba en el paso que iba á dar y los peligros á que se esponía, no se atrevería á salir, resolvióse á alejarse cuanto antes. La angustia é indecision con que batallaba, eran cada vez mayores, y creyó que una vez en la calle se disiparian.

Levantó su alma á Dios, se encomendó á la virgen con toda la contrición de que era capaz, y arrancándose la guirnalda de flores que ceñía su frente y el collar de brillantes, que tan caro debía costarle, se puso apre-

suralmente el manto, sin atreverse á mudarse de vestido, por no mular también de resolución en el tiempo que tardase en hacerlo, y salió, después de haber corrido las cortinas de la cama para que don Juan creyese que dormía, si le daba la humorada de acercarse por allí á informarse si se le había pasado el dolor de cabeza.

Al llegar al extremo del corredor paróse indecisa.... arrojó una mirada ansiosa á los grupos que cruzaban por el fondo de la sala, y bajó rápidamente la escalera laténdole de miedo el corazón... luego, en el último tramo se detuvo otra vez... quería retroceder, llamar á su marido, echarse á sus pies, confesárselo todo... pero la terrible amenaza de Tendarra «media hora de abandono ó la vida de don Juan» resonó en sus oídos, como si algún espíritu maléfico se las repitiese en un lenguaje misterioso que ella sola entendía.

Temblando llegó á la puerta falsa del jardín, atravesó el umbral y con paso acelerado, no sin volver varias veces la cabeza para mirar si alguno la seguía, encaminóse á la Alameda por las calles mas estraviadas y solitarias.

Al desembocar de una estrecha callejuela, cerca de la plaza mayor, á la voz de un hombre que le gritó: cuidado señora! deteniendo su fogoso caballo, retrocedió, y por poco pierde el sentido al reconocer á su corcel y á su padre.

La blanca espuma que cubria la boca y los encuentros de Tupac-Amaru, y el sudor que barnizaba su piel, negra y reluciente como un trozo de bruñido jazpe, le manifestaron que venia de muy lejos.

Mil siniestros y estraños pensamientos se agolparon á su mente: segun la informó don Juan, su padre se habia despedido y marchado con su tia, pretestando un fuerte dolor de cabeza.

¿Qué venia, pues, á hacer á Lima á aquella hora intempestiva? Les habria ocurrido alguna desgracia por el camino? Cómo, habiendo salido en el coche, volvia á caballo y en su mismo caballo?

Su turbacion subió de punto cuando notó que el anciano fijaba en ellas sus ojos penetrantes, diciéndole con aparente urbanidad:

—Pase vd., señora, no tenga vd. miedo....

Flores habia conocido á su hija.

X lo mas singular era que la habia conocido sin verle lo cara, que Emirese llevaba enteramente cubierta con el manto á escepcion del ojo izquierdo, del modo que acostumbraban y acostumbraban toda ia las limeñas. Pero su porte, su estatura, su andar precipitado, el vestido blanco, la manera como se detuvo sorprendida y alzó la cabeza apenas vió el caballo y oyó su acento, la traicionaron. Enrique ya prevenido é iluminado por esa revelacion in-

tima á la que han llamado unos *segunda vista*, otros, *segundo sentido*; y que para mí equivale á lo que en filosofía se conoce con el nombre de *intuición*, divisó su rostro al través del espeso cenital que se lo ocultaba, y le dirigió la palabra bien convencido que hablaba con su hija. Convicción tan espontánea y profunda que hubiera dudado primero de su razón que de la infabilidad del sentimiento que se la inspiraba. Podía acaso engañarle su corazón?... Ay! se engaña á un amigo, á un amante, á un marido, á un hermano... pero nunca á un padre ó á una madre, que nos aman con el afecto desinteresado y puro que ellos solos pueden tener.

Os confieso, lectores, que esa facultad maravillosa de nuestro espíritu, de acertar sin ver, acompañada de una seguridad tan grande que raya en evidencia, me ha llenado de admiración más de una vez, y me sorprende que no se haya hecho valer como una de las

pruebas mas luminosas y perentorias de la inmaterialidad de nuestro ser.

No os ha sucedido nunca, en un baile de máscaras por ejemplo, conocer al primer golpe de vista á una persona perfectamente disfrazada, sin tener ningun antecedente en que fundar vuestro juicio, sin oir el metal de su voz siquiera? Nunca habeis tenido algun presentimiento bueno ó adverso, que se ha cumplido tal como os asaltó? Nunca habeis leído en la traidora fisonomía de alguno ó alguna, que os engañaba, apesar de tener repetidas muestras de su fingido aprecio y adhesión? y vuestra creencia no ha estado acompañada siempre de una certeza tan profunda que, aunque careciais de pruebas para confirmarla, os patentizaba los hechos y las cosas tales como los sucesos posteriores os los revelaron?.....

Esta noche, al acostaros, hacedme el gusto de ejercitar la memoria en esto, en vez de pensar ó entreteneros en las

tonterías que acostumbráis; y si al evocar vuestros recuerdos no encontráis confirmada mi doctrina con lo que os ha sucedido, mañana al levantáros, después de encomendar vuestra alma á Dios, hacedme el obsequio de abrir la ventana y tiraros de cabeza por el balcón, y si no vivís en local apropiado y fuese pedestre vuestra habitación, zambullíos en el algibe ó en otro paraje que el estilo poético que gasto no me permite nombrar. Y si esto no os agrada, idos de paseo esta tarde á la catedral y descolgaos por el aire á fuer de aeronautas; y si tampoco esto os conviniese, llenaos la boca de pólvora y... fuego!... porque la jente que no divina está de mas en el mundo, hace mal tercio, y el undécimo mandamiento la pone fuera de la ley.

Emirene vuelta de su estupor, atravesó la pequeña distancia que mediaba entre su padre y la acera vecina, y se dejó apresurada y temerosa, como un

criminal perseguido por sus remordimientos.

Llegó á la alameda casi sin aliento, y se sentó en el banco que le indicara el marqués, en el tercero de la derecha.

Era noche de verbena y numerosos grupos se paseaban y cruzaban en distintas direcciones, hablando, gritando, cantando, riendo, celebrando como es uso en casi todas las capitales de los pueblos católicos, la festividad del santo predilecto de Jesús.

Una cuadrilla de estudiantes, vestidos de manteo y sotana, ajitando panderos, zambombas, pitos, matracas y otros instrumentos de zambra y bureo, aturdis, entretenía y desesperaba á la vez á los circunstantes con sus chistes, equívocos y pizarescas canciones. Uno de ellos, jorobado, feo como el solo, que hacia de director de orquesta, armado de un sudoso garrote, llevaba el compás al son de esta endiablada letrilla.

Bullí, cur, cur,
De la Vera-cruz,
Yo me bullo y me meneo,
Me bailo, me zangoteo,
Me refucilo y recreo
Por medio maravedí:
Zarabullí! (1)

A nadie perdonaban los malditos; con todos se entremetían y para todos tenían un requiebro. Ni la edad, ni el sexo, ni el rango eran suficiente antemural para librarse de sus indirectas. A los viejos les decían: Adios, desertores del purgatorio; á las señoras mayores: no podran V. V. como contemporáneas darnos informes sobre el incendio de las naves por Cortez, sobre el descubrimiento del Pacífico por Balboa, ó la prision de Atabualpa por Pizarro! A las feas: bienaventuradas las que abuyen toda humana tentacion con su

(1) El entremetido, la jueña y el zoplon.

espintosa jeta, por que de ellas es el reino de los cielos! A las bonitas: Vade retro perdicion de las almas, esponjas del bolsillo, ladronas del juicio, asesinas de la honra, sanguijuelas del cuerpo.... A los jenerales los llamaban cabos, sarjentos y rancheros; á los abogados, tíos pandectas, tuerfos del derecho, á los comerciantes, tenderos, sastres, asentistas y escribanos, discipulos de Caco, y conjugaban en coro el verbo rapio con voz atronadora.

Muchos bufaban en su interior, pero no se daban por aludidos, por que la mayor parte de los agresores iban armados de gruesas macanas y soltaban sus pullas de rifirrafe, sin detenerse, como quien no quiere la cosa, y á veces dirijiéndose unos á otros la palabra para disimular mejor.

Presentaba la Alameda un cuadro animadísimo; y era digno de verse el movimiento, el bullicio y algazara que reinaban en derredor. Merced á la confu-

sion nadie se fijaba en nadie. Hombres y mujeres, niños y adultos, jóvenes y ancianos, discurrían sin rumbo fijo, siguiendo unos las huellas de los otros, á semejanza de las ovejas que adonde va una allá van todas. Instinto propio de la humanidad y que ciertamente le hace muy poco honor, aunque la costumbre ó la moda lo sancione y légitime.

Digo esto, porque no estoy muy conforme con esa práctica absurda y vetusta de hacer siempre lo que vemos á los demas. Cuantas veces va uno á una visita, á un paseo, á una diversion, á un baile, á una partida de campo, á secarse de fastidio y á aburrirse á su sabor una hora, tres ó cuatro, un día ó una noche, solo por que van otros, y por esa maldita tendencia á la imitación, que heredamos todos desde el vientre de nuestra madre? Bajo este aspecto creo muy fundada la opinion de los que sostienen que el hombre

es un Orang-outang civilizado.

Plácida y serena la noche, sombreaba con sus tintas melancólicas el estenso radio donde se agitaba aquella inquieta muchedumbre, ebria de alegría y placeres.

El amarillo fulgor de la luna se confundía con las mil luces de las barracas y puestos ambulantes, tendidos en doble fila á lo largo de la calle de árboles que se perdían en el confín, como avanzados centinelas de un ejército de titanes. Las voces de las criaturas, de los vendedores, *mistureros* (1) compradores y paseantes formaban una algarabía parecida á la que describe el Dante no me acuerdo en que canto del infierno. Sus variadas fisonomías, vistas al pálido rayo del astro nocturno, ó á la claridad rójiza de los faroles, hornillos y braseros, ofrecían algo de fantástico y lugubre.

(1). Así se llaman en el Perú cierta clase de mujeres que se dedican á vender flores.

Inmóvil Emirene en su asiento é indiferente á cuanto la rodeaba, fijaba con ansiedad sus miradas en todos los que cruzaban, ó la dirigia hacia la calle por donde debía venir el marqués. En todos los que divisaba á lo lejos le parecia distinguirle. Vana esperanza! se acercaban, pasaban por delante de ella, pero ninguno le tendia la mano.

Así se pasó cerca de una hora, hora que le pareció una eternidad, y en la que su acongojado espíritu apuró hasta las heces el cáliz de la angustia y de la incertidumbre.

—Ay! á qué habrá venido mi padre á la ciudad? se preguntaba una y otra vez sin que se le ocurriese nada que le satisficiera; Porque tarda tanto Eduardo? Mi marido habrá entrado en un alcoba!

Cada interrogacion de estas desesperaba en su mente otras cien á cual mas penosas y abrumantes.

Como era natural, la tension de su

fínimo combatido por tantos sentimientos diversos y enardecido por una larga expectativa, produjole una fiebre bastante fuerte.

Lo que mas la afligia y desesperaba era el tiempo que perdía, esponiéndose á no poder justificar la mentira que pensaba alegar si don Juan la echaba demonos. Pensaba comprar un ramo de flores y decirle que, con el objeto de sorprenderle agradablemente, habia fingido el dolor de cabeza, á fin de ir ella misma á la verbena á tomarlo mientras la creyera durmiendo, y ponérselo debajo de las almohadas, como hizo él con el estuche; y para dar mas fuerza á su empuje pensaba tambien insinuarle que antes de espirar su dia, habia querido ir á rogar al santo de su nombre por su ventura y la de su hijo. Ardid mas bien ardidlo sin duda que el de Tedarra; ardid que el amante y confiado esposo hubiera creído sin dificultad cuatro dias

antes. Afectuosa y delicada prueba de amor que le habria arrancado lágrimas de ternura, como á tantos buenos maridos los agasajos de sus consortes que, cuando juzgan que se han ido de paseo solo por divertirse, se les presentan con algun regalo de su gusto, como v. g.: una bufanda, un gueto, una petaca etc. probándoles aunque se han tomado la molestia de salir á incomodarse solo por ellos.

Pero la demasiada tardanza podia despertar las sospechas del hidalgo, y temia con razon la fugitiva que observándola despacio, notase en su semblante la huella de sus lágrimas y acaso de su ignominia: temia turbarse en su presencia y no conservar la tranquilidad necesaria para responder á sus preguntas con su habitual jovialidad y entereza. La enormidad de su falta la atormenta antes de cometerla.

Por fin el cielo se apiadó de su quebranto... el marqués, ó uno que se le

asemejaba mucho, apareció por el extremo de la calle, en la misma direccion en que ella tenia clavados los ojos....

Tanto sufria la desventurada, que al divisarle, sintió un impulso de estúpida alegría, que se cambió al punto en otro de intensa y desgarradora tristeza.

La sangre toda se le agolpó al corazon y un sudor frio bañó su abrasada frente.

Pudor, vergüenza, despecho, indignacion, remordimiento... quien sabe lo que experimentó en el breve intervalo que mediara entre su llegada y su aproximacion.

El marqués (ó quie fuese) se acercó y le tendió la mano, sin hablarle una palabra como tenian convenido.

No pudo Emirene verle la cara ni siquiera los ojos, porque traia la primera enteramente cubierta con el embozo y el sombrero calado hasta las cejas. Pero el corte especial de su capa, el color de sus pantalones, los enortijados rizos de su negra melena, y sobre

todo, el solitario, el magnífico brillante que fulguraba en su índice al resplandor de la luna, no le permitieron dudar que era aquel el ciudadano á quien aguardaba.

En consecuencia levantóse, tomó su brazo, y.....

Tara rá ra rá! tararira! rira! rira!

El sereno infernal canta las tres,
La cabeza de sueño se me cae.....

La luz está agonizando, el papel se me acaba, la pluma se me ha descompuesto (y no tengo otra) y hasta la tinta se ha volatilizado... de modo que los berriedos del hombre-reloj, lo escótico de la hora, el colapsus de mi cacumen, el eclipse repentino de la luz, la escangüedad homeopática del lintero estanti-güa, y el estado interesante de la pluma que pide su jubilación, todo, todo exige que me meta en la cama cuanto antes. Lo siento en el alma, lectores de mis entrañas, pero que he de ba-

cer? Ay! bien convencidas estais vosotros de qu tantos obstáculos, pereances y contratiempos me tienen desesperado, y que si estuviere en mi mano renovarlos, habria desaparecido ha mucho tiempo. La insoportable tiranía de esos bárbaros ayones ahoga el pensamiento, sofoca, mata, agigrota estrangula y absorbe toda producción! Está visto, en España no se puede escribir. El sereno, el sueño, la escasez de luz, papel, pluma y tinta agotan al ingenio mas privilegiado. ¡¡¡Atroz despotismo!!!

CAPITULO III.

Tarde piace!

A medida que nos acercamos al desenlace se aumenta el interés como es consiguiente: el lector desea salir de dudas y ya del terrible compromiso en que me veo. Pero son tantos y tan complicados los resortes puestos en juego, que no me es posible volar con la celeridad que requiere la eminencia del peligro que corre nuestra heroína. La cosa se va poniendo muy climatérica, lectoras, y mucho me temo que cuando lleguemos al paraje donde se

ESTRELLA

TOMO VI. = 4

dirijen Emirene y su acompañante, y nos escapen involuntariamente las dos palabras que habeis leído al frente de este capítulo: *tarde piace!*

Esto no es mas que una simple suposición mia, gratuita, individual, aislada. Cada uno ó cada una tiene el derecho imprescriptible de creer y hacer lo que le dicte su conciencia; y vosotras podeis creer y hacer lo que mejor os cuadre. Desde hoy os autorizo plenamente, os doy carta blanca para todo.

En este todo se comprenden varias escepciones, como la de no murmurar de mi obra, no prestarla á nadie, y alguna otra que, la premura ocasionada por el riesgo en que se halla Emirene, no me permite esplanar.

Los momentos son preciosos, críticos, decisivos, y el menor retardopuede ocasionar una espantosa catástrofe: Apresurémonos, corramos, volemos.

Que de aqui para allí,
Y de allí para aqui,
Y de allí para acá,
Y de acá para allá
El tiempo se vá. (1)

Al tomar la esposa de don Juan el brazo de su compañero, conoció él que temblaba y que fijaba sus bellos ojos en el suelo sin atreverse á mirarle.

Conoció tambien en su marcha irregular, que ora acertaba el paso como si quisiera dilatar su llegada á la casa de don Lupercio, ora se apresuraba, como si le faltase tiempo para verse en ella.

Fuese prudencia, delicadeza, temor de que le conociesen, ú otro cualquier motivo, el marques guardando el mas rigoroso incognito, no desplegó los labios, ni se levantó el sombrero, ni se quitó el embozo. Circunstancias que no reparó Emirene absorbida enteramente en sus tristes pensamientos. Solo la fie-

(1) Moreto—Escarraman.

bre que calcinaba su cabeza le prestaba valor para seguir adelante.

Ambos marchaban en silencio, y nadie al ver su mútua indiferencia, los hubiera tomado por dos amantes: se asemejaban mas bien á dos antiguos desposados harto hartos y fastidiados el uno del otro.

Pronto llegaron á la casa de la turcidora de voluntades: el marqués dió dos golpes, y un criado que estaba de centinela avanzada les abrió al punto.

Emirene empezó á subir la escalera con suma lentitud, apoyándose con todo el peso de su cuerpo en el brazo de su compañero, como acostumbran algunas señoras no muy flacas con algunos individuos nada gordos, á quienes inhumanamente desloman y derrengan por una semana, bajo la gravedad de su corpulenta mole elefantino-hipopatémica.

Pero ay! en esta ocacion no lo ha-

cía Emirene por comodidad, capricho ó coquetería: un sentimiento superior á su voluntad la impulsaba á retardar la hora de su derrota, aunque fuese algunos instantes. Estaba convencida que no había salvacion para ella; sabía que ni la tardanza, ni el ruego, ni el llanto podían librarla de aquel hombre fatal; y no obstante, todavía trataba de ganar tiempo, como si esperase algo, como si en el último momento debiese verificarse algun evento extraordinario que la arrebataste de sus brazos. Sucédiale lo que á la mujer de aquel ahorcado, que le decia para consolarle:

Espera, que aun puedes ser
Que la soga se reviente.

Sucédiale como á tantos infelices que á pesar de no presentar su situacion por ningun lado que la miren ni la mas remota posibilidad de mejorarse, todavia conservan una débil esperanza

y creen que la Providencia no los abandonara en el último trance. *Fidetur* errere suo, dichosos con su engaño, como los llama Lucano, se acostumbraron á soportar su ingrato destino persuadiéndose que la resignacion hace maravadero lo que no está en nuestra mano remediar, como dijo otro poeta latino en dos sublimes versos, que respiran toda la humildad evangélica y que no parecen escritos por un pagano:

Durumt sed levius fit patientia
Quidquid corrigere est nefas.

Ah! en vez de sublevarnos contra esta consoladora máxima y de calificar de cobardía y locura humana la necesidad que sienten hasta los más desalmados de acudir á Dios, cuando solo por un milagro puede salvarlos, inclinemos la frente y bendigamos la sabiduría divina que así lo ha dispuesto. Sin esa fe ciega, arraigada en lo más hondo del alma, y que á nuestro des-

pecho nos sustenta, ¿qué sería de nuestra misera especie en tantas situaciones desesperadas, en que la razón y los más fuertes vínculos son insuficientes para detenernos en el mundo?...

Será ilusión mía, lector?... Juraría que te he sentido dar con la frente un rudo batacazo sobre la mesa en donde tienes colocado el libro. Perdona, no es mi objeto hacerte dormir; pero no todo ha de ser *caracú* (1) y akuzenz, también ha de haber *maluro* (2) y horchata de chufas de cuando en cuando, para refrescarte los hipocóndrios un tanto irritados con los continuos berrenchines que te hago tomar. Tú eres muy propenso á la cólera Juanillo (sino te llamas Juan declina tu nombre en illo, y está corregida esa errata) siempre estás rene-

[1] Voz derivada del guaraní, significa melancolía, tristor.

[2] Especie de refresco que se hace en el Brasil con aguardiente, miel y otros ingredientes.

gando, siempre descontento, siempre gruñon! contentate con lo que eres y con lo que tienes; mira que te ha de llevar] el diablo sino te enmiendas; y no te digo mas por no ser impolítico: creo que bastan esas, aunque urbanas, expresivas indirectas para un persona tan cumplida (de narices) como tú, porque al buen entendido...

No concluyo la frase, porque Emirne me envia un recado diciendo que el conflicto se aumenta. Vuélvome á galope a casa de doña Lupercir, á socorrerla, es decir á observar... á un prudente distancia y en paraje muy seguro, como acostumbran ciertos militares que han conseguido las charras ó la fajita,

Haciendo salutations
En anesatas y bailes,
O chorlando en los cafés
O en asonadas.....

y al oír el estallido del bronce atra-

zador (locución poetica) el estridor de las lanzas fulminias (idem) ó el letal silbido del plomo centelleante, que siempre la muerte por do quier (ibidem) comienzan á tiritar y á dar diente con diente, no de miedo, quién dijo miedo? sino de coraje, de entusiasmo bélico, que enseguida les impulsa á correr como alma que se lleva una legión de diablos, no de espanto, no, sino de indignacion, de ira, al ver la terquedad, la grosería, la obstinacion y estupidéz con que atropella el enemigo arrollando cuanto intenta detenerle.... sin querer oír la razon, arrojando en vez de argumentos cascos de granada, confites de plomo, grajéa de metralla, botes de lanza, y saludos de mandobles y bayonetazos, como si se tratase de matar á un cerdo ú otra plebe ya ocupacion por el estilo! A tales impertinencias un hombre bien educado se retira y no contesta: las palabras se reciben como de quien vienen. Bueno

estaria que una persona decente se posiera en dimes y diretes con semejante casalla!

La señora Garduña salió al encuentro de los recién venidos, neofitos que espiraban á iniciarse en los misterios de aquel antro lupercal. Por mera plataforma dijo algunas palabras al oído al marqués, y los condujo a la habitación que les tenia reservada.

Un suspiro desgarrador, triste como la última mirada que arroja el proscrito sobre las costas de su patria que desaparece entre la bruma, escapóse del pecho de Emirene al penetrar en aquella mansion odiada.

Mucho antes que el de Arauro se revelase tal como era, ella habia sospechado la clase de parentesco que podia mediar entre él y la Lupercia. Después de la aventura del pabellon y de la insolente misiva inserta al folio 139 (tomo V.) sus sospechas se convirtieron en certidumbre, y quando vió el ros-

tro de la digna señora, no le quedó la menor duda acerca de su buen fondo y demas circunstancias que la recomendaban.

Era la señora doña Lupercia Garduña una mujer como de cuarenta años, regordeta, mas bien baja que alta, muy locuaz y campechana; dotada de cierto gracejo y airo de buen tono, adquirido en el trato continuo de la sociedad d'elite que frecuentaba su casa, la cual gozaba entre ella de una envidiable popularidad. Frecuentemente se oia decir á los primeros calaveras del pueblo limeño, consultandose entre si sobre algun punto de difícil solucion.

—Acuda vd. á la señora Garduña; lo que ella no haga no lo hará nadie.

Palabras que son una verdadera autopsia moral y resumen el mas completo elogio de su talento, habilidad y extraordinarias facultades estratégicas.

Pero ni el roce con aquella socie-

dad escogida ni la costumbre de tratar generalmente con personas sometidas á su autoridad, habia podido borrar de su semblante el sello degradante del miserable oficio que desempeñaba. Tras su servil sonrisa y afabilidad, notábase la adulacion y el deseo de contentar á todos: en sus miradas placenteras se leia cierta penetracion, cierta confianza y tacto de artista, que parecian decir: sé á lo que venis, lo que quereis, adivino vuestro pensamiento... quedareis satisfecho.

Para una mujer virtuosa nada es sin duda mas penoso que ese cinismo del vicio; nada que la repugne tanto como sostener frente á frente, aunque sea por breves instantes, sus insolentes miradas. ¿No habeis reparado nunca cuando se encuentran en la calle una esposa y una cortesana, el gesto de profundo desprecio y marcado disgusto que se pinta en el rostro de la primera, y el rencor, la fureza y altaneria con

que la segunda la mira? No habeis notado como la tímida esposa vuelve al punto la cabeza,

Cual si temiera que su vista ardiente
Le arrebatara su envidiable paz? (1)

y recoge los flotantes pliegues de su vestido para que no se roce con el de la impura meretriz, segun la bellísima expresion del mismo poeta citado?

Se aborrecen, se detestan... el porque es mas evidente que la luz del sol á medio dia.

Obedeciendo á este natural sentimiento, habia preferido Emirene dar un rodeo no muy corto, é ir á la alameda á esperar al marqués, antes que presentarse sola en una casa á cuya dueña, sin conocerla, profesaba una aversion invencible. Pensó que se veria obligada á entrar en discusion con ella, y á esta sola idea se sublevaba su orgullo.

(1) Adolfo Berro—Poesias.

Da Lupercia los acompañó en silencio hasta el umbral de la habitación y se despidió.

El marqués sin desembozarse, fingiendo que tenía algo que comunicar, dijo entre dientes con voz ajitada y temblorosa: vuelvo: fuese tras ella, la alcanzó, y estuvo cuchicheando tres ó cuatro minutos.

Emirene echó una triste mirada en derredor... la pieza en la que se encontraba era una sala soberbiamente ahajada; magníficas alfombras, ricos cuadros, butacas de caoba, piano, nada faltaba.

Allá en el centro, encima de una de las rinconeras, cubierta con una pantalla verde, brillaba una lámpara de cristal cincelado, esparciendo en torno una luz desfalleciente, voluptuosa y melancólica, como el pálido crepúsculo de una alborada de estío en el ardiente suelo que riega el Amazonas.

A sus lánguidos reflejos se divisaba

una puerta entresbierta que comunicaba á la alcoba, y en el fondo, un suntuoso lecho con lujosas colgaduras de damasco.....

Fuoso deseo de cerciorarse si aquella pieza tenía comunicacion con otras habitaciones, ó anhelo de esconderse á las ávidas miradas de Tendarra. Emirene se refugió allí, y arrojando el manto sobre una silla, sentóse en otra, escondió la cabeza en la palma de las manos, y dejó correr sus lágrimas que habían estado comprimidas hasta entonces.

—Dios mío! se decía, que he hecho para verme tratada así! muy caro, Señor, me haces pagar un momento de irreflexion y locura! yo tan feliz, tan envidiada, soy la mujer mas desgraciada del mundo!... apládate de mí!.....

Y la imájen de su esposo, de su hijo, de su padre, el recuerdo del juramento que le hiciera de no quebrantar jamás sus debarcs, sacudían convulsi-

samente su corazón, y arrancaban á sus ojos lágrimas de fuego, inútiles ay! como la lluvia despues de un incendio que ha talado los campos, convirtiendo en humo y cenizas, las doradas espigas, y los árboles, y las plantas, y hasta la choza del infeliz labrador.

La vehemencia del dolor físico unida á la impotencia de encontrarle remedio, suele trastornar el juicio mientras dura, y á muchos los ha vuelto locos para siempre. ¿Qué diremos del dolor moral mil veces mas terrible y abrumador? Quien puede enumerar cuantas torturas sufre el alma, cuantas punzadoras espigas se clavan en el corazón, cada vez que el pensamiento con la velocidad de un rayo lumínico. (1) sacude las fibras del cerebro y arrastra en pos de sí su lúnebre cortejo de imágenes y recuerdos matadores?

(1) Mis lectoras no ignoran que la luz corre casi cuatro millones de leguas por minuto ó lo que es lo mismo, seicenta y ocho mil por segundo.

Lo que sufría Emírene como mujer, como esposa, como hija, como madre, como amante, escede á toda ponderación.

Oh! debe ser muy duro, muy horrible no amar á un hombre, odiarle, desear vengarse y tener que entregarse á él!... Entregarse... en el acto, donde él mande, herida en el alma por sus desmanes, postrada por la fiebre, sobresaltada por el temor de lo que le sucedería cuando volviese á su casa.... Muy duro, sí, muy humillante tener que responder con llanto á sus caricias, y tal vez provocar su risa y sus sarcasmos si se relajaba á pedirle piedad, si recordaba los jenerosos y caballerescos sentimientos de que algun dia hizo alarde para envolverla en sus perfidos lazos!...

Y esta tristísima situación, era la situación de la esposa de don Juan. Pobre Emírene!

Nunca nacieras tan hermosa y bella
Quizá no fueras perseguida tanto! [1]

El ruido de una llave le indicó que el marques estaba dentro y que cerraba la puerta.

En tan solemne trance alzó ella los ojos al cielo, y cruzó las manos en actitud de orar... volvió á inclinar la cabeza, y siguió llorando amargamente... todo en menos espacio del que se necesita para leerlo.

El embozado arrojó la capa y el sombrero sobre el sofá, y con paso apresurado llegó hasta el umbral de la alcoba.

Al parecer iba resuelto á suplicar á su compañera que tuviese la bondad de pasar á la sala cuatro minutos; acaso deseaba hacerla alguna pregunta sobre su conducta anterior; tal vez quería verla al resplandor de la bujía y gozarse en su turbación y en su llan-

[1] Quevedo, Sátiras.

ta... Quién sabe! son tan caprichosos los hombres!

Pero al notar que escondía el rostro en el pañuelo para no mirarle, varió de resolución, y como si una idea repentina le iluminase, se golpeó la frente, retrocedió rápidamente, apagó la lámpara....

And then, God knows what next, I can't go on;
I'm almost sorry that I e'er begun.

Nos quedamos á oscuras, Lectores y lectoras, y yo no soy gato para ver en las tinieblas; gracias si distingo los objetos á la radiosa claridad del sol. Tampoco estoy autorizado para quebrantar el artículo 135 de nuestra Constitución, que dice *ad pedem literæ*.

«La casa del ciudadano es un sagrado inviolable. De noche, nadie podrá entrar en ella sin su consentimiento: y de día, solo de orden expresa del juez competente, por escrito y en los casos determinados por ley.»

Con arreglo á esto, amigos míos, si teneis curiosidad de saber lo que pasó, mañana impetraremos el permiso del majistrado competente, y con todas las formalidades del derecho, se levantará un sumario en el teatro mismo de los sucesos, autorizado por dos escribanos y el suficiente número de testigos para hacer fé en juicio. Entretanto consolémonos diciendo: *Tarde piace! Tarde piace!....*



CAPITULO IV.

Quid pro quó.

Signori e cavallieri innamorati,
Certi damijelle e graxiose,
Venite qui davanti e ascoltati
L' alte aventure e le guerre amorose (1)

Pues señor! buena vá la danza! acabamos con el *tarde piace* y empezamos con un *Quid pro quó* reforzado con cuatro versos en gabacho, itálico, para mas claridad! Están frescos los lectores que no posean mi extraordinaria erudicion lingüística! Los tituillos son claros quo

(1) Ariosto. Orlando furioso.

díjamos! Se parecen á algunos títulos que ahora se conceden allá, lejos, muy lejos en el país de los Pegüenches ó de los Kalmucos, los cuales, no por ser medio turbios los sujetos en quienes recaen, dejan de sonar como si significasen y valiesen algo.

Los malos vicios de la literatura se han comunicado á la política: todo se quiere disfrazar con palabras huecas, sonoras y retumbantes, que á fuerza de oírse repetir mal y emplearse peor, han perdido el prestigio que gozaran en otros tiempos. Ruede la bola y ríga la embrolla! Imitemos á los grandes maestros, y á falta de hechos, de ideas y de valor real, parapetemos tras una palabrilla ó un titulillo de esos que destumbran y encantan al vulgo, es decir, á la jeneralidad, que no entiende el busilis y se queda con un palmo de narices ante cualquier *quid pro quo*.

Habiendo apagado el ciudadano de la capa la luz, nos quedamos sumerjidos

en la mas profunda obscuridad, y me fué físicamente imposible distinguir lo que pasaba en el interior de la alcoba. Tomaré, pues, el hilo de mi narracion veinte minutos despues, cuando la sala volvió á encontrarse iluminada, por haber el susodicho caballero tenido la galanteria de encender la lámpara otra vez.

Hecha esta operacion, que Emirene encontró muy escusada ó impertinente, en vez de marcharse, sentóse en el sofá, esperando tranquilamente á que saliese su compañera.

Ella en tanto, deseosa de alejarse, habiase puesto el manto y solo esperaba oír abrir la puerta para salir tras él.

Pero pasaron ocho, diez, quince minutos, y la puerta no se abrió.

Entonces Emirene, sacando fuerzas de flaqueza, con la cabeza baja y el pañuelo en los ojos, atravesó la sala, y se detuvo en la puerta buscando á tientas la llave.

Oh rabia!... el infame la habia sacado, sin duda queria añadir la burla al insulto.

La indignacion fué superior á todo: la ultrajada esposa no reflexionó... y pasando por una súbita y brusca transicion del abatimiento á la desesperacion, se descubrió el rostro, é iba á tratarle como merecia, cuando se sintió cojida por un brazo y oyó una voz muy conocida, voz que heló la sangre en sus venas, diciéndola:

—No te apresures, tenemos que hablar.

Trémula, azorada, como dudando de lo que veian, en la misma situacion, que retraté á su marido cuando la sorprendió con el Marqués, al ir á poner bajo las almohadas el fatal estuche, quedóse la infeliz sin acertar á pronunciar una palabra, roto el aliento, desencorajada la faz...

El marqués, no era el marqués, era... don Juan!

Una peluca, unas patillas postizas, la capa, los pantalones y el anillo de Tedarra habian motivado esta espantosa mistificacion.

Vaya un lance, lectoras, no? vaya un caso rarísimo! vaya un marido celoso de sus prerrogativas como las provincias vascongadas de sus fueros! No merece vuestras simpatias el modo como ese esforzado veterano sostiene dignamente el honor del pabellon marital? Decidme, ¿no le dariais de buena gana un abrazo, siquiera en obsequio á la novedad inusitada introducida por él de coronarse á si mismo (de gloria se entiende)? Siquiera por no recibir la diadema de ajena mano, como es uso y costumbre que viene desde tiempo inmemorial, si hemos de atenernos al dicho de los primeros cronistas é historiadores? Ah! vosotras tan instruidas en la historia como en la astronomia, no ignorais que lo que constituyo la grandeza de Napoleon fué el haberse ceñido la

corona por sí, y ante sí, sin apoyarse en otro título que en sus triunfos y en su gloria....

—Ven! repitió el ofendido esposo con voz terrible, y soltándola con un jeto de desprecio al ver que ella involuntariamente se resistía; ven, tenemos que hablar.

Emirene no pudo más; le miró, le miró con estúpida calma, con esa calma,

Que sigue á la tempestad,
Cuando el ánimo cansado
Del afán violento y duro,
Al parecer resignado,
Se abisma en el fondo oscuro
De su propia soledad.

Tremebando precipicio,
Fiebre lenta y devorante,
Último elujio, suplicio
Del infierno, semejante
A la postrer convulsión
De la víctima en tormento:
Trance que si dura un día
Anonada el pensamiento,
Encanece, ó deja fría
La sangre en el corazón. [1]

(1) Echeverría, Rimas.

Miróle, y cayó en tierra sin sentido.

Por ligero que anduvo don Juan no pudo recibirla en sus brazos, ni evitar que se hiciese una pequeña herida en la frente, chocando contra un ángulo de la pared inmediata.

Había previsto este desmayo y no le alarmó: la levantó del suelo, la colocó en el sofá, y poniéndole su capaliada debajo de la cabeza, sacó un pomito de éter y se lo acercó á las narices.

Entonces notó con angustia y sobresalto una pequeña lista inyectada de sangre, que corría desde la mitad de la frente hasta la ceja izquierda.

Una hora antes, la vista de aquella sangre hubiera echado por tierra todos sus proyectos; hubiérala juzgado bastante castigada con el susto y la herida... ahora, gracias á la infernal intriga del de Araure, la creía culpable; y aunque su corazón le gritaba

que era víctima de un engaño, sus celos escitados hasta el último punto, le impelián á mostrarse tan duro é inescusable como antes fuera tierno y bondadoso. Creía, á consecuencia de lo que explicaré en breve, que el virey habia sido su amante, y como no tuvo tiempo para oír las explicaciones de Yuca é ignoraba la razon de no haberle opuesto ella la menor resistencia, dejóse llevar de las ruines sugestiones de su amor ultrajado y de su justa indignacion; y sino la mató en el acto, fué porque no tuvo un arma á mano, fué porque su llanto le enterneció apesar suyo, fué porque vislumbró que allí se ocultaba algun misterio, que envidenaba su voluntad y la arrojaba alada de pies y manos en los brazos de su infame seductor.

Apesar de eso no se tranquilizó hasta que pudo cerciorarse que la herida no era de gravedad, enjugando con el pañuelo las gotas de sangre que brotaban

á la superficie, y caian luego, como una cuenta de coral en una concha de nacar, en su ebúrneo seno mas blanco que la azucena.

A la tercera vez que le aplicó el pomo, abrió los ojos, y volviéndole de pronto las ideas, levantóse toda trémula, se arrojó á sus pies, y abrazó sus rodillas diciéndole:

—Perdóname! perdóname!....

—Perdon?... Dios te lo conceda!.... exclamó su esposo con acento sombrío, en la tierra no hay perdon para ti, desventurada!

—Perdóname! perdóname! tornó ella á repetir, juntando las manos en ademán de súplica.

D. Juan estendió el brazo como rechazándola.

—Ab! continuó, soy muy culpable, merezco tu venganza... pero no tu desprecio. Mátame, si quieres, pero no me afrentes creyendome capaz de haberte engañado voluntariamente!....

Y sus bellas ojos cubiertos de lagrimas se fijaban en los de don Juan con una espresion tan honda de dolor, que le obligaron á volver los suyos á otra parte para enternecerse.

No, no era posible ver con indiferencia sus labios entreabiertos, sus arqueadas cejas, la palidez de sus mejillas, la crispacion nerviosa de sus manos, el desigual movimiento de su pecho que se alzaba y bajaba acelerado, el eco de intensa pena con que vibraba su voz y la actitud sublime en que imploraba misericordia....

Eva, llorando de rodillas en la puertas del Edem perdido por su culpa; Esther, elevando sus plegarias al Altísimo por la redempcion del pueblo hebreo, Safo, encima de la roca de Leucades; antes de precipitarse en las olas rogando por el aleva que la abandonaba; Maria Estuardo al pié del ara sangrienta donde el hacha del verdugo iba á tronchar su cabeza; la divina Lavalliere abrazada

en las verjas del convento á donde fué á arrancarla su reñido amante... no estaban mas hermosas é interesantes. Don Juan retrocedió exclamando: tan bella y tan páfida! y para no ceder al irresistible impulso que sentia de levantarla y estrecharla contra su corazon, apeló al pobre recurso á que apelan siempre los que tienen miedo, ó no estan muy seguros de su entereza; fingió que aquellas demostraciones, en vez de apiadarle le irritaban mas, y añadió con aspereza:

—Levántate!

—Perdóname!

—Emirene, levántate!

—Perdóname!

—Levántate, y escúchame por tu vida, que los momentos son preciosos y estamos en una cosa estraña. No provoques mas mi cólera levántate y escúchame!

Cojióla de un brazo y casi á la fuerza la hizo sentar en el solá.

Tomó un velador que aproximó á suficiente distancia para que se distinguiesen bien sus fisonomías, colocó encima la lámpara, despues de quitarle la pantalla; operacion que practicó teniendo cuidado que el resello de la luz diese de lleno en el rostro de su atribulada mitad. Quería leer en él como en un espejo.

Tomó una silla, se sentó frente á ella, y empezó su interpelacion marbrusca, categórica y contundente que la de un diputado opositor al Ecsmo. encargado de responderle.

—Te acuerdas de lo que te dije la noche de nuestras bodas?

—Si.

—Dímelo.

..... (1)

(1) La voz apagada de la oradora y la posición que ocupaba en la tribuna, de espaldas á los taquígrafos, impidieron que estos pudieran enterarse de su discurso.

Don Juan dió las gracias á su esposa con una sonrisa de amarga ironía:

—Veo, repuso, que es muy fiel tu memoria: ojalá fuese lo mismo tu corazón!

Quiso Emirene contestar, pero no se lo permitió el orador que estaba en el uso de la palabra; antes de abrir la boca la interrumpió con un:—Silencio! no respondas sino á lo que te pregunto.

—Cuántos amantes has tenido?

Emirene miró al curioso interpellante sorprendida; pero con altivez, casi con enojo.

—No te hagas la inocente, replicó él reiterando su pregunta; creo que cuando un marido sorprende á su mujer en una casa de estas, tiene derecho para pensar que no será la vez primera que viene á ellas. Quiso hacer un gesto hace ciento.

Abatió esta sencilla refleccion la arrogancia de la congreida hermosa. *Ayl*
ESTRELLA.

conoció que el hombre, siempre despótico, injusto, ó demasiado severo, con una sola falta se crée y está autorizado por la sociedad para suponer todas las que quiera. Conoció que esa duda bastaba para emponzoñar hasta sus recurdos mas alhagueños, y que roto el primer eslabon de la felicidad conyugal,—la confianza—no era extraño que un esposo justamente indignado, diese cabida à las odiosas consecuencias que el amor propio de un amante humillado, deduce sin tener los derechos de un marido, cuando se persuade, comunmente sin razon, que nada debe agradecer á la que espuso su tranquilidad, su bienestar y su reputacion por corresponder á su amor. Y para esto le basta la mayor parte de las veces, una rencilla, un vago rumor, algunos celos promovidos tal vez intencionalmente por ella para despertarle de su tibieza. Vamos, se dice, está visto, quiere darme un sucesor. Lo mis-

mo que hace conmigo, habrá hecho y hará con mil; ó como se explicaba don Juan, quien hace un cesto hace ciento.

No encontrando Emirene nada que aducir á tan irrefutable argumento, bajó los ojos y contestó:

—Uno.

—No has tenido mas que un amante?

—Uno no mas.

—Su nombre.

—El marqués de Araure.

—Y no has correspondido á nadie mas que al marqués?

—A nadie! te lo juro por mi salvacion.....

—Mientes! perjura, mientes! gritó el bidalgo, sacando un pequeño envoltorio que su esposa reconoció al instante: esta liga, estas cartas, este retrato, esta llave... te acusan y demuestran lo contrario.

Emirene inclinó la cabeza sollozando: todo se conjuraba para perderla. Ella misma que pudo haberse justificado en

parte, escijiendo en tiempo hábil la devolucion de aquellas prendas al que crea Tendarra, se olvidó de hacerlo en medio de la turbacion, el sobresalto y profunda pena que sentia.

Atoleondrada por sucesos que no podia comprender, se persuadió que cuanto le estaba pasando era efecto de una venganza premeditada del ofendido amante, y ya desesperó de convencer á don Juan de su inocencia.

—Escucha, dijo él desdoblando la carta primera del paquete, escucha lo que me escriben en este anónimo.

Sr. D. Juan de Serelar y Villaviceñcia,

«Una persona que se toma mucho interés por vuestro buen nombre, os remite las cartas y demas objetos contenidos en este paquete, que ha caído en sus manos por una casualidad: y os previene para vuestro gobierno y mejor inteligencia, que andeis con mucho por-

que la persona á quien pertenece y se le ha estraviado, es nada menos que el Excelentísimo Señor Virrey. Algun dia sabreis quien os da este aviso y por-que.»

—El virrey! Ah! Ah! es una calumnia atroz... Serelar, te engaña el infame que te ha entregado esos papeles.

—No, no me engaña, la infame y la que me engaña eres tú... No, él no me los ha entregado.

—Entonces?... preguntó Emirene con recelo como si no quisiera saber lo mismo que preguntaba.

—Yo se los he quitado... es decir, se le cayeron y yo los recojí sin que lo notase...

—Pues bien vuelvo á decirte que todo lo referente al virrey es una calumnia forjada por Eduardo para vengarse sin acordar á la cita... calumnia que puedo desmentar facilmente. Te lo juro por lo mas sagrado, por lo que mas

ames; por la salud de tu hijo!

—De mi hijo? preguntó el castellano con ironía, como queriendo darle á entender que hasta dudaba del grado de parentesco que le unia al niño.

Semejante ofensa lastimó mas á la esposa que si la hubiera traspasado el pecho con una daga: el sentimiento materno brotó en su corazón rápido y volcánico y alzando la frente con arrogancia, le dijo acentuando las palabras:

—Es tu hijo!

—Puede ser... pero permíteme que también lo dude. Esas son las consecuencias de tu mala conducta. Oh! no te perdonaré nunca que hayas envenenado la ilusión y la esperanza mas querida de mi vida!... Sabes tú por ventura, el tormento que sufre un padre idólatra de sus hijos, cuando al acariciar á alguno de ellos, le asalta la idea infernal de que acaso es el fruto del adulterio, inocente ladrón de su cariño, de

su nombre y de su hacienda, que él, impuro bastardo, roba á sus hijos legítimos ó á las personas á quienes de derecho les pertenece?.....

Por segunda vez perdió Emirene su aire arrogante: las reflexiones de su esposo eran concluyentes y la abrumaban porque no admitían réplica. Jamás se imaginó que el quebrantamiento de los deberes conyugales, acarrearía tras sí consecuencias tan terribles. Sucedióle como á la mayor parte de las que tienen la desgracia de olvidarlos: comprendía la estension del mal cuando lo tocaba por su mano, cuando ya no tenía remedio.

—Las apariencias, contestó con un aspecto abatido que contrastaba con su interior orgullo y confianza, las apariencias me condenan... pero te juro que estoy inocente... inocente del crimen que me imputas.

—Inocente! y negarás que esta es tu letra? negarás que esto es tu retrato?

guerras persuadirme que esta llave no es la del pabellón?

—No: no puedo ni quiero negarlo. Te hablo como hablaría á mi confesor en el lecho de la muerte, próxima á comparecer ante el tribunal de Dios. Las cartas yo las he escrito, el retrato yo misma lo he hecho, la llave yo se la he dado á Tendarra.... pero todavía no he mancillado tu nombre, todavía gracias á la Providencia, soy digna de ti.

—Eh! basta de comedia, exclamó don Juan estrujando los papeles que tenía en la mano, no hace mucho soportaste los alagos de un hombre que estabas muy lejos de creer que sería tu marido. Varias veces pronunciaste el nombre del marques....

—Pidiéndola compasión.... y esto solo te probaría que no vine aquí por mi gusto, sino por un encadenamiento de circunstancias de las que no podía prescindir.... vine por salvar tu vida.

Semejante asercion parecióle al incrédulo

dado esposo una invencion ingeniosa de su imaginacion novelesca, y le indignó sobremanera, se figuró que aun pretendia engañarle:

—Aunque eso fuese verdad, respondió, conteniendo la esplosion de su ira, nunca debiste posponer mi honor y felicidad á un temor pueril. Créas que yo aceptase un duelo segun las reglas de costumbre con un espadachin como el de Arsuro? Para esos casos hay tambien recursos especiales: se carga solo una pistola, colocándose á cuatro pasos los combatientes para que así no haya ventaja de una ni de otra parte, y al que la fortuna le favorece mata irremisiblemente á su enemigo: se disparan las armas á boca de jarro y cojidos de la mano ambos contrarios: se echan suertes, y al que le toca se levanta la tapa de los sesos.... Créas tu que eso mequetrele con todas sus baladronadas y prosopopeya sería capaz de aceptar un desafío de este modo?

—Eduardo tiene dadas repetidas pruebas de que es muy valiente.

—Pero no que esté cansado de la vida y quiera suicidarse, por que á eso se reduce lo que yo le hubiera propuesto.

—Ah! y si la suerte se hubiese declarado á su favor?

—Ya te he dicho que prefiero la muerte á la infamia, y si no tienes otra razon que alegar para justificarte evítame el disgusto de oírte.

—Pues si no me creés, si mis ruegos y juramentos son inútiles, nada tengo que decirte, sinó que soy inocente y que estoy pronta á sufrir el castigo que quieras imponerme... sácia en mi tu rencor... márame de una vez... mas vale morir que vivir como viviríamos en adelante. Soy mas desgraciada que culpable. Serelar, y algun dia te vencerás de ello....

Los sollozos ahogaban su voz y la desesperacion estaba pintada en su semblante: dos lágrimas furtivas se escapa-

ron de los ojos de don Juan, que se puso de pié y se paseó por la sala algunos instantos en la mayor agitacion, como si vacilase en sus resoluciones. Luego miró el retrato y la llave que tenia en la mano y murmuró entre dientes:

—Oh! no!... es preciso ser implacable!

El cristal y el márfil del retrato crujieron entre sus dedos y cayeron en menudos pedaxos sobre la alfombra; y volviendo otra vez á sentarse, añadió en voz alta:

—Acabemos: si te escucho eres capaz de hacerme creer que lo negro es blanco. No, no me hables mas; sobra y basta con lo que me has dicho. Mi resolucion es invariable; pero para que no te parezca demasiado cruel, quiero, antes que nos despidamos para siempre, recordarte cual ha sido mi conducta contigo, y cual la tuya conmigo, para que tu misma decidas si obro ó no con justicia.

Yo te he amado, Emirene, no como un marido, sino como un amante: tu voluntad era la mia: me anticipaba á tus deseos para evitarte la molestia de decírmelos: no tenía mas idea ni pensamiento que complacerte en todo, á todas horas y en todas ocasiones. Jamás te contrarié ni me opuse á tus caprichos. Jamás te di una queja, y apesar que me consumía de celos hacia mas de un año, nunca te dije una palabra por la cual pudieses sospechar que los tenía. Últimamente, deseoso de facilitarte todos los medios para que me abrieses tu corazón sin recelo y vieses en mí á tu mejor amigo, te insinué que si algun día, no obstante tus buenos sentimientos, te encontrabas predispuesta á favor de algun hombre, si conocías que no podrías resistirle, no titubeases en comunicármelo... hasta me comprometia á sacarte de Lima, á fijar mi residencia donde tu gustases, á no retroceder ante sacrificio alguno por

verte feliz y contenta... y como has correspondido tu á tanto amor, á tanta ternura, á tanta abnegacion?... Engañándome villana y traidoramente!.....

Don Juan se detuvo para tomar aliento y reponerse de la conmocion que enconquecia su voz y anublaba sus ojos, mientras Emirene le contemplaba fijamente, humilde sin bajeza, resignada sin orgullo.

La inmovilidad y la palidez de sus facciones hubieran hecho creer que su rostro se habia convertido en el de una estatua, ó era el busto de alguna bella Madona, iluminado por un rayo de la luna en el nicho de alguna gótica iglesia, si una lágrima perdida no resbalase á intervalos por sus mejillas, conmoviendo al caer sus largos párpados, que se inclinaban y dejaban escapar aquella gota transparente, como el cáliz de una flor el rocío superabundante aglomerado en él, cuando los primeros rayos del sol esponjando sus hojas, co-

munican un movimiento de oscilacion á su trémula corola.

—Despues de lo que ha pasado, continuó el hidalgo, no es posible para mí la felicidad en la tierra, ni podria olvidar tu traicion aunque quisiera. Nuestra vida seria un infierno... No!... debemos morir!... Encomiéndate á Dios y pídele misericordia, porque dentro de poco estaremos en su presencia.

Emirene escuchó sin alterarse, ó al menos sin que ningun síntoma visible lo revalase, esta terrible sentencia, que esperaba. Conocia el carácter de su esposo y mil veces le habia oido decir, en los momentos de mas embriaguez y delirio, en el seno mismo de la felicidad, que la mataria si llegaba á convencerse que le traicionaba.

Esto se lo decia para probarle la intensidad y la fuerza de su amor, pero ella supo interpretarlo como un aviso, y no dudó que así lo haria en vista de la ceguedad de su pasion. Por

eso oyó su amenaza con faz serena, y hasta se alegró, porque sufría tanto que la muerte le parecia un bien.

—Tienes razon, dijo con voz pausada, pero firme y resuelta: debo morir... yo sola, tú, por qué?

—Por que?... y tú me lo preguntas! tú que has emponzoñado mi vida, tú que has aniquilado de un soplo todas mis ilusiones, tú que me has impulsado al crimen!

—Ah! exclamó Emirene parándose y clavando en él sus ojos llenos de espanto y ansiedad, has muerto al marqués?

—Pronto lo sabrás.

—Dios mío! Dios mío! gritó la desventurada, retorciéndose las manos y aplicándose á la frente, cual si anhélara detener el juicio que se le escapaba; Dios mío! ni aun quieres darme el consuelo de que lleve á la tumba la esperanza de que algun día se descubra mi inocencia!

La conviccion y el loco de verdad

con que ella pronunció esta impre-
cion hicieron estremecer á don Juan,
que clavó la vista en el suelo, esqui-
vando el rayo de su fascinante y ava-
salladora mirada. En seguida se pasó
la mano por la frente como para se-
carse el sudor que la inundaba, pero
en realidad para limpiarse el llanto que
se agolpaba á sus pupilas. Despues
contemplóla con indefinible espro-
sion de enojo y piedad. Parecia decir-
la sin mover los labios, lo que don
Pedro á su infortunado hermano don
Fadrique, en el alcázar de Sevilla:

! Pasó el resentimiento... solo queda
La indiferencia del sereno juez.
No te engañes... la lágrima que vierto
Los restos lleva de mi amor profundo;
Demanda á Dios perdón, porque en el mundo
Ya no nos hallaremos otra vez [1]

—Solo te pido una gracia antes de
morir, repuso Emirene.

(1) Bermudez de Castro. El Maestro de San-
tiago.

—Habla.

—Quiero ver á mi hijo y á mi
padre.

—Los verás.

—Mi padre está en casa.

—Tu padre está aquí.

—Ah! tambien él lo sabe todo, tam-
bien él me despreciará y me agoviará
con el peso de su justa indigna-
cion.

—Escuso advertirte que no pierdas
el tiempo en vanas declamaciones, ni
comprometas á ese anciano con revela-
ciones que á nada conducen, ni que pien-
ses en huir, por que la gente de esta casa
está ganada y provenida por si quieres
dar un escándalo... yo me retiro.

—Serelar, contestó la jóven con digni-
dad y resolucion, creo que tendré valor
para morir. Dios es testigo que si trato
de dilatar ese momento que anhelo mas
que tu, es solo por ver si puedo rehabili-
tar mi memoria.... Tal vez mañana, flores
sobre mi sepulcro... pero será tarde!

—Mañana el sol no brillará para ninguno de los dos.

—Ingrato, y tu hijo?

—La providencia velará por él.

A este recuerdo uno y otro se enterrecieron.

—No te pido mas que un día, algunas horas, replicó ella en ademán de supplica.

—Ni un minuto: lo he jurado!... contestó él con aspecto sombrío... Adios, nos veremos en el tribunal divino.... Apenas acabes de hablar con tu padre, Yuca vendrá por ti... haz lo que te diga, tiene mis instrucciones.

—Serelar, eres injusto, grande es mi falta, mas no merece la muerte; así mismo la acepto con placer por que viene de tu mano, y... te perdono.

—Yo quisiera tambien poder perdonarte, murmuró el castellano con profunda pena.

—En este momento solemne, continuó su esposa acercándose á él, dime al menos

que todavía me aprecias, que todavía soy para ti tu querida Emirene, que no baje yo á la tumba agoviada con tu desprecio!... Arráncame la vida, pero devuélveme tu estimacion... Permíteme que te abraze....

Retrocedió don Juan, vaciló... mas no pudo contenerse, y maquinalmente abrió los brazos, y rápida como el pensamiento se precipitó en ellos Emirene.

Frenético apretóla él contra su corazón y la rechazó en seguida, repitiendo la palabra *adultera!* y volviendo la cabeza para ocultar sus lágrimas.

Emirene tambien lloraba: aquel brusco movimiento y aquella palabra le causaron el efecto de un rayo: parecióle que la eternidad le abria sus puertas y los separaba para siempre.

Cuando levantó la cabeza, don Juan traspasaba el umbral, huyendo, como Jode la mujer de Putiphar, de la mágica atraccion que ejercia en sus senti-

dos y en su alma la sublime belleza de la seductora eriolia.

En aquel momento, estaba divina, irresistible, y á no haber adoptado él el temperamento de alejarse, seguro estoy que se hubiera cambiado la tragedia en comedia: cosa que me habria irritado é indignado en extremo, porque la moral pública padece con los maridos consentidores y porque entonces no me seria posible escribir otro tomo.

Nosotros los novelistas, ó sea cuenteros públicos, lo mismo que los dramaturgos, gaceteros, copleros, y demás jente de pluma que vive de enredar, tenemos necesidad, estamos obligados bajo multas muy graves, por un *Senatus Consultus* celebrado en el Parnaso el año 205 antes de J. G. á estirar las materias tanto como sea posible. Para esto la ciencia plumínica posee tres reglas infalibles de aplicacion práctica y diaria: la primera es, que lo que se puede hacer en ocho se haga en ochenta.

ta si así conviene: la segunda, que se apele al enredo y se busquen dificultades, obstáculos y pretextos, (vulgo-embrollas) para seguir adelante: la tercera, que los personajes que figuran en el pleito, novela, drama, leyenda ó cuento, no puedan entenderse cuando parezca mas natural y oportuno, sino cuando al autor le acomode.

Celebro muchísimo no verme hoy obligado á valerme de ninguna de esas chicanas. Gracias á la entereza de don Juan, el interés se conserva y se aumenta. La matará ó no la matará?... Señores y señoras, la broma se va haciendo un poco pesada, y no sé si tendremos que llorar ó quo reir. Dios salve al pais! Dios salve á la reina.... de las hermonas, á la *Estrella del Sud*! Rezemos un padre nuestro y tres Aves Marias por ella....

Padre nuestro, que estás en los cielos...

CAPITULO V.

El padre y la hija.

A poco de haber salido don Juan entró Flores.

El aspecto del anciano era grave y severo, pero se conocía sin mucha dificultad que estaba profundamente afectado.

Emireno al verle se precipitó á su encuentro, y se abrazó á su cuello diciéndole con voz entrecortada por los sollozos.

—Padre mío! padre mío!

Acaso iba él á rechazarla también, cumpliendo con lo estipulado, y á hacer mas profunda la herida que abrieran en su corazón los desprecios de don Juan, cuando notó la pequeña lista roja que resaltaba en su cutis blanco y transparente, como en las hojas de una *diamela* (1) el imperceptible rastro que dejan las empolvadas alas de una mariposa.

—Y esta herida?... preguntó asustado oprimiendo tiernamente con sus dos manos el rostro de su hija, y acercándose á la mesa para mirarla mejor al resplandor de la lámpara; te ha maltrado tu marido en un acceso de furor o de celos, luz de mis ojos?

—No: don Juan no es capaz de semejante vileza.

—Entonces quien ha sido?

(1) Flor de exquisita fragancia; sus hojas color de perla tienen el brillo del nácar, y su aroma se asemeja al del jasmín del cabo, Azara la llama la reina de las flores.

—Nadie.

—Dímelo, quiero saberlo.

—Os repito que nadie, he sido yo misma que me he caído....

—No, tu me ocultas la verdad, exclamó Flores interrumpiéndola, y casi persuadido que el castellano faltando deslealmente á su palabra se habia propasado á golpearla; dime, hija mia, dime quien ha sido el miserable que se ha atrevido á levantarte la mano y ofenderte de un modo tan brutal.

—Señor, repuso Emirene bajando la vista avergonzada, yo misma me he herido contra ese ángulo de la puerta, cayendo en tierra sin sentido, al encontrarme aquí... con mi esposo.

—Ah!

El anciano se llevó la mano cerrada á la frente, y su semblante volvió á adquirir la misma espresion grave y severa que al principio.

Cegado por el cariño paternal habia cedido á un impulso involuntario, ol-

vidando el papel que le tocaba representar: la sencilla esplicacion de su hija le trajo á la memoria los antecedentes que debieron mediar, y le pareció muy propio y natural que ella se desmayase, al hallarse *ex abrupto* con don Juan, en vez del marqués con quien creia hablar.

El lance no era para menos. La mujer mas impávida y audaz habria caído como herida del rayo, ante una peripécia tan violenta como inesperada.

—Todo lo sé... murmuró despues de un momento de silencio; ay! no me acordaba que tu marido tiene razon y que las leyes le autorizan para que te mate.

—Sufriré sin quejarme el castigo que me imponga... lo he merecido.

—Y tu me lo dices? Ah!... por que has quebrantado el juramento que me hiciste? Por que has sacrificado tu felicidad, la de tu esposo, la de tu hijo, la de tu padre, por un efímero

capricho del que te avergonzarás mañana? Por que tu misma has marcado tu orgullosa y pura frente con un sello de infamia, para tener que doblegarla ante las miradas de fingida compasion, de burla ó escarnio, que te arrojarán las demás mujeres, siempre implacables con la que las vence en hermosura, en gracia y en talento?...

—La sociedad me condenará, no lo dudo, mis rivales se gozarán en mi caída; pero si pudiesen penetrar en el fondo de mi corazón verian que no soy tan culpable como creerán, y tal vez muchas de ellas desearian tener la conciencia tan limpia como yo.

—El mundo juzga por los hechos visibles, y no se mete á investigar las causas secretas que influyen en la conducta de cada uno. (1)

[1] Marmol, en el Poeta act. I esc. IV. dice muy oportunamente:

Inmóvil Emirene en su asiento é indiferente á cuanto la rodeaba, fijaba con ansiedad sus miradas en todos los que cruzaban, ó la dirigia hacia la calle por donde debía venir el marqués. En todos los que divisaba á lo lejos le parecia distinguirle. Vana esperanza! se acercaban, pasaban por delante de ella, pero ninguno le tendia la mano.

Así se pasó cerca de una hora, hora que le pareció una eternidad, y en la que su acongojado espíritu apuró hasta las heces el cáliz de la angustia y de la incertidumbre.

—Ay! á qué habrá venido mi padre á la ciudad? se preguntaba una y otra vez sin que se le ocurriese nada que le satisficiera; Porque tarda tanto Eduardo? Mi marido habrá entrado en un alcoba!

Cada interrogacion de estas desesperaba en su mente otras cien á cual mas penosas y abrumantes.

Como era natural, la tension de su

fínimo combatido por tantos sentimientos diversos y enardecido por una larga expectativa, produjole una fiebre bastante fuerte.

Lo que mas la afligia y desesperaba era el tiempo que perdía, esponiéndose á no poder justificar la mentira que pensaba alegar si don Juan la echaba demonos. Pensaba comprar un ramo de flores y decirle que, con el objeto de sorprenderle agradablemente, habia fingido el dolor de cabeza, á fin de ir ella misma á la verbena á tomarlo mientras la creyera durmiendo, y ponérselo debajo de las almohadas, como hizo él con el estuche; y para dar mas fuerza á su empuje pensaba tambien insinuarle que antes de espirar su dia, habia querido ir á rogar al santo de su nombre por su ventura y la de su hijo. Ardid mas bien ardidlo sin duda que el de Tedarra; ardid que el amante y confiado esposo hubiera creído sin dificultad cuatro dias

antes. Afectuosa y delicada prueba de amor que le habria arrancado lágrimas de ternura, como á tantos buenos maridos los agasajos de sus consortes que, cuando juzgan que se han ido de paseo solo por divertirse, se les presentan con algun regalo de su gusto, como v. g.: una bufanda, un gueto, una petaca etc. probándoles aunque se han tomado la molestia de salir á incomodarse solo por ellos.

Pero la demasiada tardanza podia despertar las sospechas del hidalgo, y temia con razon la fujitiva que observándola despacio, notase en su semblante la huella de sus lágrimas y acaso de su ignominia: temia turbarse en su presencia y no conservar la tranquilidad necesaria para responder á sus preguntas con su habitual jovialidad y entereza. La enormidad de su falta la aterraba antes de cometerla.

Por fin el cielo se apiadó de su quebranto... el marqués, ó uno que se le

asemejaba mucho, apareció por el extremo de la calle, en la misma direccion en que ella tenia clavados los ojos....

Tanto sufia la desventurada, que al divisarle, sintió un impulso de estúpida alegría, que se cambió al punto en otro de intensa y desgarradora tristeza.

La sangre toda se le agolpó al corazon y un sudor frio bañó su abrasada frente.

Pudor, vergüenza, despecho, indignacion, remordimiento... quien sabe lo que experimentó en el breve intervalo que mediara entre su llegada y su aproximacion.

El marqués (ó quie fuese) se acercó y le tendió la mano, sin hablarle una palabra como tenian convenido.

No pudo Emirene verle la cara ni siquiera los ojos, porque traia la primera enteramente cubierta con el embozo y el sombrero calado hasta las cejas. Pero el corte especial de su capa, el color de sus pantalones, los enortijados rizos de su negra melena, y sobre

todo, el solitario, el magnífico brillante que fulguraba en su índice al resplandor de la luna, no le permitieron dudar que era aquel el ciudadano á quien aguardaba.

En consecuencia levantóse, tomó su brazo, y.....

Tara rá ra rá! tararira! rira! rira!

El sereno infernal canta las tres,
La cabeza de sueño se me cae.....

La luz está agonizando, el papel se me acaba, la pluma se me ha descompuesto (y no tengo otra) y hasta la tinta se ha volatilizado... de modo que los berriedos del hombre-reloj, lo escótico de la hora, el colapsus de mi cacumen, el eclipse repentino de la luz, la escangüedad homeopática del lintero estanti-güa, y el estado interesante de la pluma que pide su jubilación, todo, todo exige que me meta en la cama cuanto antes. Lo siento en el alma, lectores de mis entrañas, pero que he de ba-

cer? Ay! bien convencidas estais vosotros de qu tantos obstáculos, pereances y contratiempos me tienen desesperado, y que si estuviere en mi mano renoverlos, habria desaparecido ha mucho tiempo. La insoponible tiranía de esos bárbaros ayones ahoga el pensamiento, sofoca, mata, agigrota estrangula y absorbe toda producción! Está visto, en España no se puede escribir. El sereno, el sueño, la escasez de luz, papel, pluma y tinta agotan al ingenio mas privilegiado. ¡¡¡Atroz despotismo!!!



dirijen Emirene y su acompañante, y nos escapen involuntariamente las dos palabras que habeis leído al frente de este capítulo: *tarde piace!*

Esto no es más que una simple suposición mia, gratuita, individual, aislada. Cada uno ó cada una tiene el derecho imprescriptible de creer y hacer lo que le dicte su conciencia; y vosotras podeis creer y hacer lo que mejor os cuadre. Desde hoy os autorizo plenamente, os doy carta blanca para todo.

En este todo se comprenden varias escepciones, como la de no murmurar de mi obra, no prestarla á nadie, y alguna otra que, la premura ocasionada por el riesgo en que se halla Emirene, no me permite esplanar.

Los momentos son preciosos, críticos, decisivos, y el menor retardopuede ocasionar una espantosa catástrofe: Apresurémonos, corramos, volemos.

Que de aquí para allí,
Y de allí para aquí,
Y de allí para acá,
Y de acá para allá
El tiempo se vá. (1)

Al tomar la esposa de don Juan el brazo de su compañero, conoció él que temblaba y que fijaba sus bellos ojos en el suelo sin atreverse á mirarle.

Conoció tambien en su marcha irregular, que ora acertaba el paso como si quisiera dilatar su llegada á la casa de don Luperón, ora se apresuraba, como si le faltase tiempo para verse en ella.

Fuese prudencia, delicadeza, temor de que le conociesen, ú otro cualquier motivo, el marques guardando el mas rigoroso incognito, no desplegó los labios, ni se levantó el sombrero, ni se quitó el embozo. Circunstancias que no reparó Emirene absorbida enteramente en sus tristes pensamientos. Solo la fie-

(1) Moreto—Escaramas.

bre que calcinaba su cabeza le prestaba valor para seguir adelante.

Ambos marchaban en silencio, y nadie al ver su mútua indiferencia, los hubiera tomado por dos amantes: se asemejaban mas bien á dos antiguos desposados harto hartos y fastidiados el uno del otro.

Pronto llegaron á la casa de la turcidora de voluntades: el marqués dió dos golpes, y un criado que estaba de centinela avanzada les abrió al punto.

Emirene empezó á subir la escalera con suma lentitud, apoyándose con todo el peso de su cuerpo en el brazo de su compañero, como acostumbran algunas señoras no muy flacas con algunos individuos nada gordos, á quienes inhumanamente desloman y derrengan por una semana, bajo la gravedad de su corpulenta mole elefantino-hipopatémica.

Pero ay! en esta ocacion no lo ha-

cía Emirene por comodidad, capricho ó coquetería: un sentimiento superior á su voluntad la impulsaba á retardar la hora de su derrota, aunque fuese algunos instantes. Estaba convencida que no había salvacion para ella; sabía que ni la tardanza, ni el ruego, ni el llanto podían librarla de aquel hombre fatal; y no obstante, todavía trataba de ganar tiempo, como si esperase algo, como si en el último momento debiese verificarse algun evento extraordinario que la arrebatare de sus brazos. Sucédiale lo que á la mujer de aquel ahorcado, que le decia para consolarle:

Espera, que aun puedes ser
Que la soga se reviente.

Sucédiale como á tantos infelices que á pesar de no presentar su situacion por ningun lado que la miren ni la mas remota posibilidad de mejorarse, todavía conservan una débil esperanza

y creen que la Providencia no los abandonara en el último trance. *Fidetur* errere suo, dichosos con su engaño, como los llama Lucano, se acostumbraron á soportar su ingrato destino persuadiéndose que la resignacion hace maravadero lo que no está en nuestra mano remediar, como dijo otro poeta latino en dos sublimes versos, que respiran toda la humildad evangélica y que no parecen escritos por un pagano:

Durumt sed levius fit patientia
Quidquid corrigere est nefas.

Ah! en vez de sublevarnos contra esta consoladora máxima y de calificar de cobardía y locura humana la necesidad que sienten hasta los más desalmados de acudir á Dios, cuando solo por un milagro puede salvarlos, inclinemos la frente y bendigamos la sabiduría divina que así lo ha dispuesto. Sin esa fe ciega, arraigada en lo más hondo del alma, y que á nuestro des-

pecho nos sustenta, ¿qué sería de nuestra misera especie en tantas situaciones desesperadas, en que la razón y los más fuertes vínculos son insuficientes para detenernos en el mundo?...

Será ilusión mía, lector?... Juraría que te he sentido dar con la frente un rudo batacazo sobre la mesa en donde tienes colocado el libro. Perdona, no es mi objeto hacerte dormir; pero no todo ha de ser *caracá* (1) y akuzenz, también ha de haber *maluro* (2) y horchata de chufas de cuando en cuando, para refrescarte los hipocóndrios un tanto irritados con los continuos berrenchines que te hago tomar. Tú eres muy propenso á la cólera Juanillo (sino te llamas Juan declina tu nombre en illo, y está corregida esa errata) siempre estás rene-

[1] Voz derivada del guaraní, significa melancolía, tristor.

[2] Especie de refresco que se hace en el Brasil con aguardiente, miel y otros ingredientes.

gando, siempre descontento, siempre gruñon! contentate con lo que eres y con lo que tienes; mira que te ha de llevar] el diablo sino te enmiendas; y no te digo mas por no ser impolítico: creo que bastan esas, aunque urbanas, expresivas indirectas para un persona tan cumplida (de narices) como tú, porque al buen entendedor...

No concluyo la frase, porque Emirne me envia un recado diciendo que el conflicto se aumenta. Vuélvome á galope a casa de doña Lupercir, á socorrerla, es decir á observar... á un prudente distancia y en paraje muy seguro, como acostumbran ciertos militares que han conseguido las charras ó la fajita,

Haciendo salutations
En anesatas y bailes,
O chorlando en los cafés
O en asonadas.....

y al oír el estallido del bronce atra-

zador (locución poetica) el estridor de las lanzas fulminias (idem) ó el letal silbido del plomo centelleante, que siempre la muerte por do quier (ibidem) comienzan á tiritar y á dar diente con diente, no de miedo, quién dijo miedo? sino de coraje, de entusiasmo bélico, que enseguida les impulsa á correr como alma que se lleva una legión de diablos, no de espanto, no, sino de indignacion, de ira, al ver la terquedad, la grosería, la obstinacion y estupidéz con que atropella el enemigo arrollando cuanto intenta detenerle.... sin querer oír la razon, arrojando en vez de argumentos cascos de granada, confites de plomo, grajéa de metralla, botes de lanza, y saludos de mandobles y bayonetazos, como si se tratase de matar á un cerdo ú otra plebe ya ocupacion por el estilo! A tales impertinencias un hombre bien educado se retira y no contesta: las palabras se reciben como de quien vienen. Bueno

estaria que una persona decente se posiera en dimes y diretes con semejante casalla!

La señora Garduña salió al encuentro de los recién venidos, neofitos que espiraban á iniciarse en los misterios de aquel antro lupercal. Por mera plataforma dijo algunas palabras al oído al marqués, y los condujo a la habitación que les tenia reservada.

Un suspiro desgarrador, triste como la última mirada que arroja el proscrito sobre las costas de su patria que desaparece entre la bruma, escapóse del pecho de Emirene al penetrar en aquella mansion odiada.

Mucho antes que el de Arauro se revelase tal como era, ella habia sospechado la clase de parentesco que podia mediar entre él y la Lupercia. Después de la aventura del pabellon y de la insolente misiva inserta al folio 139 (tomo V.) sus sospechas se convirtieron en certidumbre, y quando vió el ros-

tro de la digna señora, no le quedó la menor duda acerca de su buen fondo y demas circunstancias que la recomendaban.

Era la señora doña Lupercia Garduña una mujer como de cuarenta años, regordeta, mas bien baja que alta, muy locuaz y campechana; dotada de cierto gracejo y airo de buen tono, adquirido en el trato continuo de la sociedad d'elite que frecuentaba su casa, la cual gozaba entre ella de una envidiable popularidad. Frecuentemente se oia decir á los primeros calaveras del pueblo limeño, consultandose entre si sobre algun punto de difícil solucion.

—Acuda vd. á la señora Garduña; lo que ella no haga no lo hará nadie.

Palabras que son una verdadera autopsia moral y resumen el mas completo elogio de su talento, habilidad y extraordinarias facultades estratégicas.

Pero ni el roce con aquella socie-

dad escogida ni la costumbre de tratar generalmente con personas sometidas á su autoridad, habia podido borrar de su semblante el sello degradante del miserable oficio que desempeñaba. Tras su servil sonrisa y afabilidad, notábase la adulacion y el deseo de contentar á todos: en sus miradas placenteras se leia cierta penetracion, cierta confianza y tacto de artista, que parecian decir: sé á lo que venis, lo que quereis, adivino vuestro pensamiento... quedareis satisfecho.

Para una mujer virtuosa nada es sin duda mas penoso que ese cinismo del vicio; nada que la repugne tanto como sostener frente á frente, aunque sea por breves instantes, sus insolentes miradas. ¿No habeis reparado nunca cuando se encuentran en la calle una esposa y una cortesana, el jesto de profundo desprecio y marcado disgusto que se pinta en el rostro de la primera, y el rencor, la fureza y altanería con

que la segunda la mira? No habeis notado como la tímida esposa vuelve al punto la cabeza,

Cual si temiera que su vista ardiente
Le arrebatara su envidiable paz? (1)

y recoge los flotantes pliegues de su vestido para que no se roce con el de la impura meretriz, segun la bellísima espression del mismo poeta citado?

Se aborrecen, se detestan... el porque es mas evidente que la luz del sol á medio dia.

Obedeciendo á este natural sentimiento, habia preferido Emirene dar un rodeo no muy corto, é ir á la alameda á esperar al marqués, antes que presentarse sola en una casa á cuya dueña, sin conocerla, profesaba una aversion invencible. Pensó que se veria obligada á entrar en discusion con ella, y á esta sola idea se sublevaba su orgullo.

(1) Adolfo Berro—Poesías.

Da Lupercia los acompañó en silencio hasta el umbral de la habitación y se despidió.

El marqués sin desembozarse, fingiendo que tenía algo que comunicar, dijo entre dientes con voz ajitada y temblorosa: vuelvo: fuese tras ella, la alcanzó, y estuvo cuchicheando tres ó cuatro minutos.

Emirene echó una triste mirada en derredor... la pieza en la que se encontraba era una sala soberbiamente ahajada; magníficas alfombras, ricos cuadros, butacas de caoba, piano, nada faltaba.

Allá en el centro, encima de una de las rinconeras, cubierta con una pantalla verde, brillaba una lámpara de cristal cincelado, esparciendo en torno una luz desfalleciente, voluptuosa y melancólica, como el pálido crepúsculo de una alborada de estío en el ardiente suelo que riega el Amazonas.

A sus lánguidos reflejos se divisaba

una puerta entresbierta que comunicaba á la alcoba, y en el fondo, un suntuoso lecho con lujosas colgaduras de damasco.....

Fuero deseo de cerciorarse si aquella pieza tenía comunicacion con otras habitaciones, ó anhelo de esconderse á las ávidas miradas de Tendarra. Emirene se refugió allí, y arrojando el manto sobre una silla, sentóse en otra, escondió la cabeza en la palma de las manos, y dejó correr sus lágrimas que habían estado comprimidas hasta entonces.

—Dios mío! se decía, que he hecho para verme tratada así! muy caro, Señor, me haces pagar un momento de irreflexion y locura! yo tan feliz, tan envidiada, soy la mujer mas desgraciada del mundo!... apládate de mí!.....

Y la imagen de su esposo, de su hijo, de su padre, el recuerdo del juramento que le hiciera de no quebrantar jamás sus debarcs, sacudían convulsi-

samente su corazón, y arrancaban á sus ojos lágrimas de fuego, inútiles ay! como la lluvia despues de un incendio que ha talado los campos, convirtiendo en humo y cenizas, las doradas espigas, y los árboles, y las plantas, y hasta la choza del infeliz labrador.

La vehemencia del dolor físico unida á la impotencia de encontrarle remedio, suele trastornar el juicio mientras dura, y á muchos los ha vuelto locos para siempre. ¿Qué diremos del dolor moral mil veces mas terrible y abrumador? Quien puede enumerar cuantas torturas sufre el alma, cuantas punzadoras espigas se clavan en el corazón, cada vez que el pensamiento con la velocidad de un rayo lumínico. (1) sacude las fibras del cerebro y arrastra en pos de sí su lúnebre cortejo de imágenes y recuerdos matadores?

(1) Mis lectoras no ignoran que la luz corre casi cuatro millones de leguas por minuto ó lo que es lo mismo, sesenta y ocho mil por segundo.

Lo que sufría Emírene como mujer, como esposa, como hija, como madre, como amante, escede á toda ponderación.

Oh! debe ser muy duro, muy horrible no amar á un hombre, odiarle, desear vengarse y tener que entregarse á él!... Entregarse... en el acto, donde él mande, herida en el alma por sus desmanes, postrada por la fiebre, sobresaltada por el temor de lo que le sucedería cuando volviese á su casa.... Muy duro, sí, muy humillante tener que responder con llanto á sus caricias, y tal vez provocar su risa y sus sarcasmos si se relajaba á pedirle piedad, si recordaba los jenerosos y caballerescos sentimientos de que algun dia hizo alarde para envolverla en sus perfidos lazos!...

Y esta tristísima situación, era la situación de la esposa de don Juan. Pobre Emírene!

Nunca nacieras tan hermosa y bella
Quizá no fueras perseguida tanto! [1]

El ruido de una llave le indicó que el marques estaba dentro y que cerraba la puerta.

En tan solemne trance alzó ella los ojos al cielo, y cruzó las manos en actitud de orar... volvió á inclinar la cabeza, y siguió llorando amargamente... todo en menos espacio del que se necesita para leerlo.

El embozado arrojó la capa y el sombrero sobre el sofá, y con paso apresurado llegó hasta el umbral de la alcoba.

Al parecer iba resuelto á suplicar á su compañera que tuviese la bondad de pasar á la sala cuatro minutos; acaso deseaba hacerla alguna pregunta sobre su conducta anterior; tal vez quería verla al resplandor de la bujía y gozarse en su turbación y en su llan-

[1] Quevedo, Sátiras.

ta... Quién sabe! son tan caprichosos los hombres!

Pero al notar que escondía el rostro en el pañuelo para no mirarle, varió de resolución, y como si una idea repentina le iluminase, se golpeó la frente, retrocedió rápidamente, apagó la lámpara....

And then, God knows what next, I can't go on; I'm almost sorry that I e'er begun.

Nos quedamos á oscuras, Lectores y lectoras, y yo no soy gato para ver en las tinieblas; gracias si distingo los objetos á la radiosa claridad del sol. Tampoco estoy autorizado para quebrantar el artículo 135 de nuestra Constitución, que dice *ad pedem literæ*.

«La casa del ciudadano es un sagrado inviolable. De noche, nadie podrá entrar en ella sin su consentimiento: y de día, solo de orden expresa del juez competente, por escrito y en los casos determinados por ley.»

Con arreglo á esto, amigos míos, si teneis curiosidad de saber lo que pasó, mañana impetraremos el permiso del magistrado competente, y con todas las formalidades del derecho, se levantará un sumario en el teatro mismo de los sucesos, autorizado por dos escribanos y el suficiente número de testigos para hacer fé en juicio. Entretanto consolémonos diciendo: *Tarde piace! Tarde piace!....*



CAPITULO IV.

Quid pro quó.

Signori e cavallieri innamorati,
Certi damijelle e graxiose,
Venite qui davanti e ascoltati
L' alte aventure e le guerre amorose (1)

Pues señor! buena vá la danza! acabamos con el *tarde piace* y empezamos con un *Quid pro quó* reforzado con cuatro versos en gabacho, itálico, para mas claridad! Están frescos los lectores que no posean mi extraordinaria erudicion lingüística! Los tituillos son claros quo

(1) Ariosto. Orlando furioso.

díjamos! Se parecen á algunos títulos que ahora se conceden allá, lejos, muy lejos en el país de los Pegüenches ó de los Kalmucos, los cuales, no por ser medio turbios los sujetos en quienes recaen, dejan de sonar como si significasen y valiesen algo.

Los malos vicios de la literatura se han comunicado á la política: todo se quiere disfrazar con palabras huecas, sonoras y retumbantes, que á fuerza de oírse repetir mal y emplearse peor, han perdido el prestigio que gozaran en otros tiempos. Ruede la bola y ríga la embrolla! Imitemos á los grandes maestros, y á falta de hechos, de ideas y de valor real, parapetemos tras una palabrilla ó un titulillo de esos que destumbran y encantan al vulgo, es decir, á la jeneralidad, que no entiende el busilis y se queda con un palmo de narices ante cualquier *quid pro quo*.

Habiendo apagado el ciudadano de la capa la luz, nos quedamos sumerjidos

en la mas profunda obscuridad, y me fué físicamente imposible distinguir lo que pasaba en el interior de la alcoba. Tomaré, pues, el hilo de mi narracion veinte minutos despues, cuando la sala volvió á encontrarse iluminada, por haber el susodicho caballero tenido la galanteria de encender la lámpara otra vez.

Hecha esta operacion, que Emirene encontró muy escusada ó impertinente, en vez de marcharse, sentóse en el sofá, esperando tranquilamente á que saliese su compañera.

Ella en tanto, deseosa de alejarse, habiase puesto el manto y solo esperaba oír abrir la puerta para salir tras él.

Pero pasaron ocho, diez, quince minutos, y la puerta no se abrió.

Entonces Emirene, sacando fuerzas de flaqueza, con la cabeza baja y el pañuelo en los ojos, atravesó la sala, y se detuvo en la puerta buscando á tientas la llave.

Oh rabia!... el infame la habia sacado, sin duda queria añadir la burla al insulto.

La indignacion fué superior á todo: la ultrajada esposa no reflexionó... y pasando por una súbita y brusca transicion del abatimiento á la desesperacion, se descubrió el rostro, é iba á tratarle como merecia, cuando se sintió cojida por un brazo y oyó una voz muy conocida, voz que heló la sangre en sus venas, diciéndola:

—No te apresures, tenemos que hablar.

Trémula, azorada, como dudando de lo que veian, en la misma situacion, que retraté á su marido cuando la sorprendió con el Marqués, al ir á poner bajo las almohadas el fatal estuche, quedóse la infeliz sin acertar á pronunciar una palabra, roto el aliento, desencorajada la faz...

El marqués, no era el marqués, era... don Juan!

Una peluca, unas patillas postizas, la capa, los pantalones y el anillo de Tedarra habian motivado esta espantosa mistificacion.

Vaya un lance, lectoras, no? vaya un caso rarísimo! vaya un marido celoso de sus prerogativas como las provincias vascongadas de sus fueros! No merece vuestras simpatias el modo como ese esforzado veterano sostiene dignamente el honor del pabellon marital? Decidme, ¿no le dariais de buena gana un abrazo, siquiera en obsequio á la novedad inusitada introducida por él de coronarse á si mismo (de gloria se entiende)? Siquiera por no recibir la diadema de ajena mano, como es uso y costumbre que viene desde tiempo inmemorial, si hemos de atenernos al dicho de los primeros cronistas é historiadores? Ah! vosotras tan instruidas en la historia como en la astronomia, no ignorais que lo que constituyo la grandeza de Napoleon fué el haberse ceñido la

corona por sí, y ante sí, sin apoyarse en otro título que en sus triunfos y en su gloria....

—Ven! repitió el ofendido esposo con voz terrible, y soltándola con un jeto de desprecio al ver que ella involuntariamente se resistía; ven, tenemos que hablar.

Emirene no pudo más; le miró, le miró con estúpida calma, con esa calma,

Que sigue á la tempestad,
Cuando el ánimo cansado
Del afán violento y duro,
Al parecer resignado,
Se abisma en el fondo oscuro
De su propia soledad.

Tremebando precipicio,
Fiebre lenta y devorante,
Último elujio, suplicio
Del infierno, semejante
A la postrer convulsión
De la víctima en tormento:
Trance que si dura un día
Anonada el pensamiento,
Encanece, ó deja fría
La sangre en el corazón. [1]

(1) Echeverría, Rimas.

Miróle, y cayó en tierra sin sentido.

Por ligero que anduvo don Juan no pudo recibirla en sus brazos, ni evitar que se hiciese una pequeña herida en la frente, chocando contra un ángulo de la pared inmediata.

Había previsto este desmayo y no le alarmó: la levantó del suelo, la colocó en el sofá, y poniéndole su capaliada debajo de la cabeza, sacó un pomito de éter y se lo acercó á las narices.

Entonces notó con angustia y sobresalto una pequeña lista inyectada de sangre, que corría desde la mitad de la frente hasta la ceja izquierda.

Una hora antes, la vista de aquella sangre hubiera echado por tierra todos sus proyectos; hubiérala juzgado bastante castigada con el susto y la herida... ahora, gracias á la infernal intriga del de Araure, la creía culpable; y aunque su corazón le gritaba

que era víctima de un engaño, sus celos escitados hasta el último punto, le impelián á mostrarse tan duro é inescusable como antes fuera tierno y bondadoso. Creía, á consecuencia de lo que explicaré en breve, que el virey habia sido su amante, y como no tuvo tiempo para oír las explicaciones de Yuca é ignoraba la razon de no haberle opuesto ella la menor resistencia, dejóse llevar de las ruines sugestiones de su amor ultrajado y de su justa indignacion; y sino la mató en el acto, fué porque no tuvo un arma á mano, fué porque su llanto le enterneció apesar suyo, fué porque vislumbró que allí se ocultaba algun misterio, que envidenaba su voluntad y la arrojaba alada de pies y manos en los brazos de su infame seductor.

Apesar de eso no se tranquilizó hasta que pudo cerciorarse que la herida no era de gravedad, enjugando con el pañuelo las gotas de sangre que brotaban

á la superficie, y caian luego, como una cuenta de coral en una concha de nacar, en su ebúrneo seno mas blanco que la azucena.

A la tercera vez que le aplicó el pomo, abrió los ojos, y volviéndole de pronto las ideas, levantóse toda trémula, se arrojó á sus pies, y abrazó sus rodillas diciéndole:

—Perdóname! perdóname!....

—Perdon?... Dios te lo conceda!.... exclamó su esposo con acento sombrío, en la tierra no hay perdon para ti, desventurada!

—Perdóname! perdóname! tornó ella á repetir, juntando las manos en ademán de súplica.

D. Juan estendió el brazo como rechazándola.

—Ab! continuó, soy muy culpable, merezco tu venganza... pero no tu desprecio. Mátame, si quieres, pero no me afrentes creyendome capaz de haberte engañado voluntariamente!....

Y sus bellas ojos cubiertos de lagrimas se fijaban en los de don Juan con una espresion tan honda de dolor, que le obligaron á volver los suyos á otra parte para enternecerse.

No, no era posible ver con indiferencia sus labios entreabiertos, sus arqueadas cejas, la palidez de sus mejillas, la crispacion nerviosa de sus manos, el desigual movimiento de su pecho que se alzaba y bajaba acelerado, el eco de intensa pena con que vibraba su voz y la actitud sublime en que imploraba misericordia....

Eva, llorando de rodillas en la puertas del Edem perdido por su culpa; Esther, elevando sus plegarias al Altísimo por la redempcion del pueblo hebreo, Safo, encima de la roca de Leucades; antes de precipitarse en las olas rogando por el aleva que la abandonaba; Maria Estuardo al pié del ara sangrienta donde el hacha del verdugo iba á tronchar su cabeza; la divina Lavalliere abrazada

en las verjas del convento á donde fué á arrancarla su reñido amante... no estaban mas hermosas é interesantes. Don Juan retrocedió esclamando: tan bella y tan páfida! y para no ceder al irresistible impulso que sentia de levantarla y estrecharla contra su corazon, apeló al pobre recurso á que apelan siempre los que tienen miedo, ó no estan muy seguros de su entereza; fingió que aquellas demostraciones, en vez de apiadarle le irritaban mas, y añadió con aspereza:

—Levántate!

—Perdóname!

—Emirene, levántate!

—Perdóname!

—Levántate, y escúchame por tu vida, que los momentos son preciosos y estamos en una cosa estraña. No provoques mas mi cólera levántate y escúchame!

Cojióla de un brazo y casi á la fuerza la hizo sentar en el solá.

Tomó un velador que aproximó á suficiente distancia para que se distinguiesen bien sus fisonomías, colocó encima la lámpara, despues de quitarle la pantalla; operacion que practicó teniendo cuidado que el resello de la luz diese de lleno en el rostro de su atribulada mitad. Quería leer en él como en un espejo.

Tomó una silla, se sentó frente á ella, y empezó su interpelacion marbrusca, categórica y contundente que la de un diputado opositor al Ecsmo. encargado de responderle.

—Te acuerdas de lo que te dije la noche de nuestras bodas?

—Si.

—Dímelo.

..... (1)

(1) La voz apagada de la oradora y la posición que ocupaba en la tribuna, de espaldas á los taquígrafos, impidieron que estos pudieran enterarse de su discurso.

Don Juan dió las gracias á su esposa con una sonrisa de amarga ironía:

—Veo, repuso, que es muy fiel tu memoria: ojalá fuese lo mismo tu corazón!

Quiso Emirene contestar, pero no se lo permitió el orador que estaba en el uso de la palabra; antes de abrir la boca la interrumpió con un:—Silencio! no respondas sino á lo que te pregunto.

—Cuántos amantes has tenido?

Emirene miró al curioso interpellante sorprendida; pero con altivez, casi con enojo.

—No te hagas la inocente, replicó él reiterando su pregunta; creo que cuando un marido sorprende á su mujer en una casa de estas, tiene derecho para pensar que no será la vez primera que viene á ellas. Quiso hacer un gesto hace ciento.

Abatió esta sencilla refleccion la arrogancia de la congreida hermosa. *Ayl*
ESTRELLA.

conoció que el hombre, siempre despótico, injusto, ó demasiado severo, con una sola falta se crée y está autorizado por la sociedad para suponer todas las que quiera. Conoció que esa duda bastaba para emponzoñar hasta sus recurdos mas alhagueños, y que roto el primer eslabon de la felicidad conyugal,—la confianza—no era extraño que un esposo justamente indignado, diese cabida à las odiosas consecuencias que el amor propio de un amante humillado, deduce sin tener los derechos de un marido, cuando se persuade, comunmente sin razon, que nada debe agradecer á la que espuso su tranquilidad, su bienestar y su reputacion por corresponder á su amor. Y para esto le basta la mayor parte de las veces, una rencilla, un vago rumor, algunos celos promovidos tal vez intencionalmente por ella para despertarle de su tibieza. Vamos, se dice, está visto, quiere darme un sucesor. Lo mis-

mo que hace conmigo, habrá hecho y hará con mil; ó como se explicaba don Juan, quien hace un cesto hace ciento.

No encontrando Emirene nada que aducir á tan irrefutable argumento, bajó los ojos y contestó:

—Uno.

—No has tenido mas que un amante?

—Uno no mas.

—Su nombre.

—El marqués de Araure.

—Y no has correspondido á nadie mas que al marqués?

—A nadie! te lo juro por mi salvacion.....

—Mientes! perjura, mientes! gritó el bidalgo, sacando un pequeño envoltorio que su esposa reconoció al instante: esta liga, estas cartas, este retrato, esta llave... te acusan y demuestran lo contrario.

Emirene inclinó la cabeza sollozando: todo se conjuraba para perderla. Ella misma que pudo haberse justificado en

parte, escijiendo en tiempo hábil la devolucion de aquellas prendas al que crea Tendarra, se olvidó de hacerlo en medio de la turbacion, el sobresalto y profunda pena que sentia.

Atoleondrada por sucesos que no podia comprender, se persuadió que cuanto le estaba pasando era efecto de una venganza premeditada del ofendido amante, y ya desesperó de convencer á don Juan de su inocencia.

—Escucha, dijo él desdoblando la carta primera del paquete, escucha lo que me escriben en este anónimo.

Sr. D. Juan de Serelar y Villaviceuñia,

«Una persona que se toma mucho interés por vuestro buen nombre, os remite las cartas y demas objetos contenidos en este paquete, que ha caído en sus manos por una casualidad: y os previene para vuestro gobierno y mejor inteligencia, que andeis con mucho por-

que la persona á quien pertenece y se le ha estraviado, es nada menos que el Excelentísimo Señor Virrey. Algun dia sabreis quien os da este aviso y por-que.»

—El virrey! Ah! Ah! es una calumnia atroz... Serelar, te engaña el infame que te ha entregado esos papeles.

—No, no me engaña, la infame y la que me engaña eres tú... No, él no me los ha entregado.

—Entonces?... preguntó Emirene con recelo como si no quisiera saber lo mismo que preguntaba.

—Yo se los he quitado... es decir, se le cayeron y yo los recojí sin que lo notase...

—Pues bien vuelvo á decirte que todo lo referente al virrey es una calumnia forjada por Eduardo para vengarse sin acodis á la cita... calumnia que puedo deslucir facilmente. Te lo juro por lo mas sagrado, por lo que mas

ames; por la salud de tu hijo!

—De mi hijo? preguntó el castellano con ironía, como queriendo darle á entender que hasta dudaba del grado de parentesco que le unia al niño.

Semejante ofensa lastimó mas á la esposa que si la hubiera traspasado el pecho con una daga: el sentimiento materno brotó en su corazón rápido y volcánico y alzando la frente con arrogancia, le dijo acentuando las palabras:

—Es tu hijo!

—Puede ser... pero permíteme que también lo dude. Esas son las consecuencias de tu mala conducta. Oh! no te perdonaré nunca que hayas envenenado la ilusión y la esperanza mas querida de mi vida!... Sabes tú por ventura, el tormento que sufre un padre idólatra de sus hijos, cuando al acariciar á alguno de ellos, le asalta la idea infernal de que acaso es el fruto del adulterio, inocente ladrón de su cariño, de

su nombre y de su hacienda, que él, impuro bastardo, roba á sus hijos legítimos ó á las personas á quienes de derecho les pertenece?.....

Por segunda vez perdió Emirene su aire arrogante: las reflexiones de su esposo eran concluyentes y la abrumaban porque no admitían réplica. Jamás se imaginó que el quebrantamiento de los deberes conyugales, acarrearía tras sí consecuencias tan terribles. Sucedióle como á la mayor parte de las que tienen la desgracia de olvidarlos: comprendía la estension del mal cuando lo tocaba por su mano, cuando ya no tenía remedio.

—Las apariencias, contestó con un aspecto abatido que contrastaba con su interior orgullo y confianza, las apariencias me condenan... pero te juro que estoy inocente... inocente del crimen que me imputas.

—Inocente! y negarás que esta es tu letra? negarás que esto es tu retrato?

guerras persuadirme que esta llave no es la del pabellón?

—No: no puedo ni quiero negarlo. Te hablo como hablaría á mi confesor en el lecho de la muerte, próxima á comparecer ante el tribunal de Dios. Las cartas yo las he escrito, el retrato yo misma lo he hecho, la llave yo se la he dado á Tendarra.... pero todavía no he mancillado tu nombre, todavía gracias á la Providencia, soy digna de ti.

—Eh! basta de comedia, exclamó don Juan estrujando los papeles que tenía en la mano, no hace mucho soportaste los alagos de un hombre que estabas muy lejos de creer que sería tu marido. Varias veces pronunciaste el nombre del marques....

—Pidiéndole compasión.... y esto solo te probaría que no vine aquí por mi gusto, sino por un encadenamiento de circunstancias de las que no podía prescindir.... vine por salvar tu vida.

Semejante asercion parecióle al incrédulo

dado esposo una invencion ingeniosa de su imaginacion novelesca, y le indignó sobremanera, se figuró que aun pretendia engañarle:

—Aunque eso fuese verdad, respondió, conteniendo la esplosion de su ira, nunca debiste posponer mi honor y felicidad á un temor pueril. Créés que yo aceptase un duelo segun las reglas de costumbre con un espadachin como el de Arsuro? Para esos casos hay tambien recursos especiales: se carga solo una pistola, colocándose á cuatro pasos los combatientes para que así no haya ventaja de una ni de otra parte, y al que la fortuna le favorece mata irremisiblemente á su enemigo: se disparan las armas á boca de jarro y cojidos de la mano ambos contrarios: se echan suertes, y al que le toca se levanta la tapa de los sesos.... Créés tu que eso mequetrele con todas sus baladronadas y prosopopeya sería capaz de aceptar un desafío de este modo?

—Eduardo tiene dadas repetidas pruebas de que es muy valiente.

—Pero no que esté cansado de la vida y quiera suicidarse, por que á eso se reduce lo que yo le hubiera propuesto.

—Ah! y si la suerte se hubiese declarado á su favor?

—Ya te he dicho que prefiero la muerte á la infamia, y si no tienes otra razon que alegar para justificarte evítame el disgusto de oírte.

—Pues si no me creés, si mis ruegos y juramentos son inútiles, nada tengo que decirte, sinó que soy inocente y que estoy pronta á sufrir el castigo que quieras imponerme... sácia en mi tu rencor... márame de una vez... mas vale morir que vivir como viviríamos en adelante. Soy mas desgraciada que culpable. Serelar, y algun dia te vencerás de ello....

Los sollozos ahogaban su voz y la desesperacion estaba pintada en su semblante: dos lágrimas furtivas se escapa-

ron de los ojos de don Juan, que se puso de pié y se paseó por la sala algunos instantos en la mayor agitacion, como si vacilase en sus resoluciones. Luego miró el retrato y la llave que tenia en la mano y murmuró entre dientes:

—Oh! no!... es preciso ser implacable!

El cristal y el márfil del retrato crujieron entre sus dedos y cayeron en menudos pedaxos sobre la alfombra; y volviendo otra vez á sentarse, añadió en voz alta:

—Acabemos: si te escucho eres capaz de hacerme creer que lo negro es blanco. No, no me hables mas; sobra y basta con lo que me has dicho. Mi resolucion es invariable; pero para que no te parezca demasiado cruel, quiero, antes que nos despidamos para siempre, recordarte cual ha sido mi conducta contigo, y cual la tuya conmigo, para que tu misma decidas si obro ó no con justicia.

Yo te he amado, Emirene, no como un marido, sino como un amante: tu voluntad era la mia: me anticipaba á tus deseos para evitarte la molestia de decírmelos: no tenía mas idea ni pensamiento que complacerte en todo, á todas horas y en todas ocasiones. Jamás te contrarié ni me opuse á tus caprichos. Jamás te di una queja, y apesar que me consumía de celos hacia mas de un año, nunca te dije una palabra por la cual pudieses sospechar que los tenía. Últimamente, deseoso de facilitarte todos los medios para que me abrieses tu corazón sin recelo y vieses en mí á tu mejor amigo, te insinué que si algun día, no obstante tus buenos sentimientos, te encontrabas predispuesta á favor de algun hombre, si conocías que no podrías resistirle, no titubeases en comunicármelo... hasta me comprometia á sacarte de Lima, á fijar mi residencia donde tu gustases, á no retroceder ante sacrificio alguno por

verte feliz y contenta... y como has correspondido tu á tanto amor, á tanta ternura, á tanta abnegacion?... Engañándome villana y traidoramente!.....

Don Juan se detuvo para tomar aliento y reponerse de la conmocion que enconquecia su voz y anublaba sus ojos, mientras Emirene le contemplaba fijamente, humilde sin bajeza, resignada sin orgullo.

La inmovilidad y la palidez de sus facciones hubieran hecho creer que su rostro se habia convertido en el de una estatua, ó era el busto de alguna bella Madona, iluminado por un rayo de la luna en el nicho de alguna gótica iglesia, si una lágrima perdida no resbalase á intervalos por sus mejillas, conmoviendo al caer sus largos párpados, que se inclinaban y dejaban escapar aquella gota transparente, como el cáliz de una flor el rocío superabundante aglomerado en él, cuando los primeros rayos del sol esponjando sus hojas, co-

munican un movimiento de oscilacion á su trémula corola.

—Despues de lo que ha pasado, continuó el hidalgo, no es posible para mí la felicidad en la tierra, ni podria olvidar tu traicion aunque quisiera. Nuestra vida seria un infierno... No!... debemos morir!... Encomiéndate á Dios y pídele misericordia, porque dentro de poco estaremos en su presencia.

Emirene escuchó sin alterarse, ó al menos sin que ningun síntoma visible lo revalase, esta terrible sentencia, que esperaba. Conocia el carácter de su esposo y mil veces le habia oido decir, en los momentos de mas embriaguez y delirio, en el seno mismo de la felicidad, que la mataria si llegaba á convencerse que le traicionaba.

Esto se lo decia para probarle la intensidad y la fuerza de su amor, pero ella supo interpretarlo como un aviso, y no dudó que así lo haria en vista de la ceguedad de su pasion. Por

eso oyó su amenaza con faz serena, y hasta se alegró, porque sufría tanto que la muerte le parecia un bien.

—Tienes razon, dijo con voz pausada, pero firme y resuelta: debo morir... yo sola, tú, por qué?

—Por que?... y tú me lo preguntas! tú que has emponzoñado mi vida, tú que has aniquilado de un soplo todas mis ilusiones, tú que me has impulsado al crimen!

—Ah! exclamó Emirene parándose y clavando en él sus ojos llenos de espanto y ansiedad, has muerto al marqués?

—Pronto lo sabrás.

—Dios mío! Dios mío! gritó la desventurada, retorciéndose las manos y aplicándose á la frente, cual si anhélara detener el juicio que se le escapaba; Dios mío! ni aun quieres darme el consuelo de que lleve á la tumba la esperanza de que algun día se descubra mi inocencia!

La conviccion y el loco de verdad

con que ella pronunció esta impre-
cion hicieron estremecer á don Juan,
que clavó la vista en el suelo, esqui-
vando el rayo de su fascinante y ava-
salladora mirada. En seguida se pasó
la mano por la frente como para se-
carse el sudor que la inundaba, pero
en realidad para limpiarse el llanto que
se agolpaba á sus pupilas. Despues
contemplóla con indefinible espro-
sion de enojo y piedad. Parecia decir-
la sin mover los labios, lo que don
Pedro á su infortunado hermano don
Fadrique, en el alcázar de Sevilla:

! Pasó el resentimiento... solo queda
La indiferencia del sereno juez.
No te engañes... la lágrima que vierto
Los restos lleva de mi amor profundo;
Demanda á Dios perdón, porque en el mundo
Ya no nos hallaremos otra vez [1]

—Solo te pido una gracia antes de
morir, repuso Emirene.

(1) Bermudez de Castro. El Maestro de San-
tiago.

—Habla.

—Quiero ver á mi hijo y á mi
padre.

—Los verás.

—Mi padre está en casa.

—Tu padre está aquí.

—Ah! tambien él lo sabe todo, tam-
bien él me despreciará y me agoviará
con el peso de su justa indigna-
cion.

—Escuso advertirte que no pierdas
el tiempo en vanas declamaciones, ni
comprometas á ese anciano con revela-
ciones que á nada conducen, ni que pien-
ses en huir, por que la gente de esta casa
está ganada y provenida por si quieres
dar un escándalo... yo me retiro.

—Serelar, contestó la jóven con digni-
dad y resolucion, creo que tendré valor
para morir. Dios es testigo que si trato
de dilatar ese momento que anhelo mas
que tu, es solo por ver si puedo rehabili-
tar mi memoria.... Tal vez mañana, flores
sobre mi sepulcro... pero será tarde!

—Mañana el sol no brillará para ninguno de los dos.

—Ingrato, y tu hijo?

—La providencia velará por él.

A este recuerdo uno y otro se enterrecieron.

—No te pido mas que un día, algunas horas, replicó ella en ademán de supplica.

—Ni un minuto: lo he jurado!... contestó él con aspecto sombrío... Adios, nos veremos en el tribunal divino.... Apenas acabes de hablar con tu padre, Yuca vendrá por ti... haz lo que te diga, tiene mis instrucciones.

—Serelar, eres injusto, grande es mi falta, mas no merece la muerte; así mismo la acepto con placer por que viene de tu mano, y... te perdono.

—Yo quisiera tambien poder perdonarte, murmuró el castellano con profunda pena.

—En este momento solemne, continuó su esposa acercándose á él, dime al menos

que todavía me aprecias, que todavía soy para ti tu querida Emirene, que no baje yo á la tumba agoviada con tu desprecio!... Arráncame la vida, pero devuélveme tu estimacion... Permíteme que te abraze....

Retrocedió don Juan, vaciló... mas no pudo contenerse, y maquinalmente abrió los brazos, y rápida como el pensamiento se precipitó en ellos Emirene.

Frenético apretóla él contra su corazón y la rechazó en seguida, repitiendo la palabra *adultera!* y volviendo la cabeza para ocultar sus lágrimas.

Emirene tambien lloraba: aquel brusco movimiento y aquella palabra le causaron el efecto de un rayo: parecióle que la eternidad le abria sus puertas y los separaba para siempre.

Cuando levantó la cabeza, don Juan traspasaba el umbral, huyendo, como Jode la mujer de Putiphar, de la mágica atraccion que ejercia en sus senti-

dos y en su alma la sublime belleza de la seductora eriolia.

En aquel momento, estaba divina, irresistible, y á no haber adoptado él el temperamento de alejarse, seguro estoy que se hubiera cambiado la tragedia en comedia: cosa que me habria irritado é indignado en extremo, porque la moral pública padece con los maridos consentidores y porque entonces no me seria posible escribir otro tomo.

Nosotros los novelistas, ó sea cuenteros públicos, lo mismo que los dramaturgos, gaceteros, copleros, y demás jente de pluma que vive de enredar, tenemos necesidad, estamos obligados bajo multas muy graves, por un *Senatus Consultus* celebrado en el Parnaso el año 205 antes de J. G. á estirar las materias tanto como sea posible. Para esto la ciencia plumínica posee tres reglas infalibles de aplicacion práctica y diaria: la primera es, que lo que se puede hacer en ocho se haga en ochenta.

ta si así conviene: la segunda, que se apele al enredo y se busquen dificultades, obstáculos y pretextos, (vulgo-embrollas) para seguir adelante: la tercera, que los personajes que figuran en el pleito, novela, drama, leyenda ó cuento, no puedan entenderse cuando parezca mas natural y oportuno, sino cuando al autor le acomode.

Celebro muchísimo no verme hoy obligado á valerme de ninguna de esas chicanas. Gracias á la entereza de don Juan, el interés se conserva y se aumenta. La matará ó no la matará?... Señores y señoras, la broma se va haciendo un poco pesada, y no sé si tendremos que llorar ó quo reir. Dios salve al pais! Dios salve á la reina.... de las hermonas, á la *Estrella del Sud*! Rezemos un padre nuestro y tres Aves Marias por ella....

Padre nuestro, que estás en los cielos...

CAPITULO V.

El padre y la hija.

A poco de haber salido don Juan entró Flores.

El aspecto del anciano era grave y severo, pero se conocía sin mucha dificultad que estaba profundamente afectado.

Emireno al verle se precipitó á su encuentro, y se abrazó á su cuello diciéndole con voz entrecortada por los sollozos.

—Padre mío! padre mío!

Acaso iba él á rechazarla también, cumpliendo con lo estipulado, y á hacer mas profunda la herida que abrieran en su corazón los desprecios de don Juan, cuando notó la pequeña lista roja que resaltaba en su cutis blanco y transparente, como en las hojas de una *diamela* (1) el imperceptible rastro que dejan las empolvadas alas de una mariposa.

—Y esta herida?... preguntó asustado oprimiendo tiernamente con sus dos manos el rostro de su hija, y acercándose á la mesa para mirarla mejor al resplandor de la lámpara; te ha maltrado tu marido en un acceso de furor o de celos, luz de mis ojos?

—No: don Juan no es capaz de semejante vileza.

—Entonces quien ha sido?

(1) Flor de exquisita fragancia; sus hojas color de perla tienen el brillo del nácar, y su aroma se asemeja al del jasmín del cabo, Azara la llama la reina de las flores.

—Nadie.

—Dímelo, quiero saberlo.

—Os repito que nadie, he sido yo misma que me he caído....

—No, tu me ocultas la verdad, exclamó Flores interrumpiéndola, y casi persuadido que el castellano faltando deslealmente á su palabra se habia propasado á golpearla; dime, hija mia, dime quien ha sido el miserable que se ha atrevido á levantarte la mano y ofenderte de un modo tan brutal.

—Señor, repuso Emirene bajando la vista avergonzada, yo misma me he herido contra ese ángulo de la puerta, cayendo en tierra sin sentido, al encontrarme aquí... con mi esposo.

—Ah!

El anciano se llevó la mano cerrada á la frente, y su semblante volvió á adquirir la misma espresion grave y severa que al principio.

Cegado por el cariño paternal habia cedido á un impulso involuntario, ol-

vidando el papel que le tocaba representar: la sencilla esplicacion de su hija le trajo á la memoria los antecedentes que debieron mediar, y le pareció muy propio y natural que ella se desmayase, al hallarse *ex abrupto* con don Juan, en vez del marqués con quien creia hablar.

El lance no era para menos. La mujer mas impávida y audaz habria caído como herida del rayo, ante una peripécia tan violenta como inesperada.

—Todo lo sé... murmuró despues de un momento de silencio; ay! no me acordaba que tu marido tiene razon y que las leyes le autorizan para que te mate.

—Sufriré sin quejarme el castigo que me imponga... lo he merecido.

—Y tu me lo dices? Ah!... por que has quebrantado el juramento que me hiciste? Por que has sacrificado tu felicidad, la de tu esposo, la de tu hijo, la de tu padre, por un efímero

capricho del que te avergonzarás mañana? Por que tu misma has marcado tu orgullosa y pura frente con un sello de infamia, para tener que doblegarla ante las miradas de fingida compasion, de burla ó escarnio, que te arrojarán las demás mujeres, siempre implacables con la que las vence en hermosura, en gracia y en talento?...

—La sociedad me condenará, no lo dudo, mis rivales se gozarán en mi caída; pero si pudiesen penetrar en el fondo de mi corazón verian que no soy tan culpable como creerán, y tal vez muchas de ellas desearian tener la conciencia tan limpia como yo.

—El mundo juzga por los hechos visibles, y no se mete á investigar las causas secretas que influyen en la conducta de cada uno. (1)

[1] Marmol, en el Poeta act. I esc. IV. dice muy oportunamente: